

**EL NACIONALISMO CATALÁN:
MITOS Y LUGARES DE MEMORIA**

Jordi Canal (coord.)

¿En busca del precedente perdido? Tríptico sobre las complejas relaciones entre carlismo y catalanismo a finales del siglo XIX¹

JORDI CANAL
EHESS, París

DESDE el nacionalismo catalán se han formulado y asentado algunas tesis que, como mínimo, resultan muy discutibles desde un punto de vista histórico. Entre éstas sobresale la idea de que el carlismo fue una suerte de pre-catalanismo o de precedente del nacionalismo catalán, y que, en consecuencia, los carlistas catalanes evolucionaron desde el último cuarto del siglo XIX, de forma natural, lógica y necesaria, hacia el catalanismo. En un libro publicado en 2003, por ejemplo, Agustí Colomines sigue insistiendo en el carácter pre-catalanista del carlismo y señalando con el dedo a aquellos que, como el autor de este artículo, no aceptan este dogma de fe². No menos impugnables son, en este sentido, los forzados intentos de enlazar el catalanismo de finales del siglo XIX con el austracismo de principios del siglo XVIII, ya sea a través del carlismo o del liberalismo³. La búsqueda de precedentes —¿el precedente perdido?— y de evoluciones naturales y lógicas ha llegado, en algunos otros casos, hasta límites obsesivos. En las siguientes páginas se intenta pensar la historia de las relaciones entre carlismo y catalanismo a partir de las rupturas, las confrontaciones y la competencia en el espacio público catalán a finales del siglo XIX. El estudio de tres casos —Luis M. de Llauder, Marian Vayreda y Joan Bardina— permite mostrar la variedad de las situaciones y la complejidad de las evoluciones, lejos siempre de una reconstrucción

¹ Una primera versión de este texto, en catalán y bastante más reducida, fue publicada en Carlos Serrano y Marie-Claire Zimmermann (coords.), *Le discours sur la nation en Catalogne aux XIXe et XXe siècles*, París, Université de Paris-Sorbonne-Centre d'Études Catalanes, 1996, págs. 211-230.

² Josep Termes y Agustí Colomines, *Patriotes i resistents. Història del primer catalanisme*, Barcelona, Editorial Base, 2003, pág. 22.

³ Joaquim Albareda (ed.), *Del patriotisme al catalanisme. Societat i política (segles XVI-XIX)*, Vic, Eumo Editorial, 2001.

histórica que opte por la simplicidad y por la linealidad, aunque lo haga en nombre del sacrosanto patriotismo.

I

Luis M. de Llauder ocupó entre 1889 y 1902, el año de su muerte, la dirección del carlismo catalán. Era, en la terminología de la época, el jefe regional carlista de Cataluña. La fidelidad mostrada por Llauder al pretendiente Carlos VII, así como la destacadísima participación que había tenido en los acontecimientos vividos en el transcurso de 1888, antes y después de la escisión integrista, fueron recompensadas, en 1889, con esta jefatura⁴. Fue, sin ningún lugar a dudas, uno de los personajes más importantes, influyentes y representativos del carlismo catalán y español del último tercio del siglo XIX. Además de encabezar la organización carlista en Cataluña, Luis M. de Llauder fue diputado en las Cortes españolas —elegido en 1871 y de nuevo al cabo de veinte años, en 1891, en ambas ocasiones por el distrito de Berga—, creador y propietario de la casa editorial La Hormiga de Oro, fundador de *El Correo Español* de Madrid, el diario que actuaría como órgano oficioso del carlismo tras la escisión de 1888, y director y propietario del *Correo Catalán*, el principal periódico catalán del partido⁵. Cada domingo Luis M. de Llauder publicaba un artículo en las páginas centrales de este último diario. En estos escritos abordaba temas de actualidad y de fondo; constituían, en conjunto, un amplio e importante *corpus* de doctrina carlista. Llauder ofrecía a sus lectores vías de interpretación carlista e intransigentemente católica de la realidad. Entre 1888 y 1900, el director del *Correo Catalán* publicó un total de 537 de estos artículos. A pesar de la lógica pretensión de actualidad, Llauder combinaba tres tiempos: el presente (la Restauración), el paréntesis liberal (desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX) y el pasado (la larga existencia de la civilización cristiana). En estos textos aparecía una imagen recurrente: los árboles, con sus raíces, ramas, hojas y frutos. Los árboles representaban su visión del mundo

⁴ Sobre la escisión integrista, cfr. Jordi Canal, «Las “muertes” y las “resurrecciones” del carlismo. Reflexiones sobre la escisión integrista de 1888», *Ayer*, 38, 2000, págs. 115-135.

⁵ Sobre la vida y la obra de Luis M. de Llauder, cfr. Jordi Canal, «Luis M. de Llauder: carlismo e intransigencia católica», en Jordi Canal, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo*, Madrid, Marcial Pons, en prensa.

dicotómica y maniquea, en tanto que desdoblamiento de una unidad primigenia. Los dos campos estaban claramente definidos y delimitados, e identificados por los frutos que producía cada uno de los árboles⁶. Del árbol malo, del árbol del Mal, esto es, sobre todo, del liberalismo, pero también del socialismo, el anarquismo y otros derivados de ellos, no podían esperarse buenos frutos. En referencia al estado de España a finales de siglo, afirmaba Llauder: «La causa no está más que en el árbol, en el sistema, y hagan lo que quieran nunca lograrán que el tronco estéril dé frutos de vida y de salvación.»⁷ La única solución era arrancarlo y sustituirlo por otro árbol, calificado de árbol bueno o del Bien⁸. Pese a todo, algunos seguían esperando unos frutos que el árbol del Mal nunca podría ofrecer —el caso más emblemático, que obsesionaba a Llauder, era el de los católicos liberales—. El olmo no podía dar peras, sostenía el director del *Correo Catalán*; las peras no debían ir a buscarse al olmo, sino al peral. Y el peral era, evidentemente, el carlismo⁹. El liberalismo representaba, en este sentido, el origen de todos los males. Resulta interesante constatar como, en estos últimos años del Ochocientos, el ideario del carlismo sufrió un notable proceso de anquilosamiento y rigidez, que contrastaba con su modernidad estructural¹⁰.

Solamente uno de los más de medio centenar de artículos publicados por Llauder en el *Correo Catalán*, entre 1888 y 1900, estaba dedicado al catalanismo. El dato resulta a todas luces significativo. El domingo 3 de marzo de 1895 apareció el artículo «Catalanismo». En este escrito, el autor adoptaba la distinción que había planteado Francesc Maspons i Labrós, en un discurso pronunciado en el Centre Excursionista de Catalunya, entre catalanismo literario, histórico o artístico, y catalanismo político. A diferencia de Maspons i

⁶ Cfr. L[uis] M. de Ll[auder], «Según el árbol, los frutos», *Correo Catalán* (Barcelona), 11 octubre 1891, pág. 12.

⁷ L[uis] M. de Ll[auder], «Confesiones preciosas», *Correo Catalán* (Barcelona), 5 julio 1891, pág. 13.

⁸ Cfr. L[uis] M. de Ll[auder], «¡Ciegos!», *Correo Catalán* (Barcelona), 4 octubre 1891, pág. 15. L[uis] M. de Ll[auder], «De mal árbol...», *Correo Catalán* (Barcelona), 3 enero 1892, pág. 15. L[uis] M. de Ll[auder], «La última moda V», *Correo Catalán* (Barcelona), 27 agosto 1893, pág. 9.

⁹ Cfr. L[uis] M. de Ll[auder], «Pedir peras al olmo», *Correo Catalán* (Barcelona), 17 febrero 1889, pág. 13. L[uis] M. de Ll[auder], «Un pájaro viejo», *Correo Catalán* (Barcelona), 8 noviembre 1896, págs. 10-11.

¹⁰ Cfr. Jordi Canal, *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1888-1900)*, Vic, Eumo Editorial, 1998, págs. 251-291.

Labrós, no obstante, el publicista carlista se interesaba y se ocupaba de este último. El catalanismo tenía por aquel entonces un notable desarrollo, en especial entre los jóvenes, lo que resultaba lógico, según Llauder, si se tenían en cuenta los «funestos efectos» del liberalismo en Cataluña. Sea como fuere, los catalanistas estaban topando con serias dificultades para encontrar una opción en la que poder tomar cuerpo y llevar a la práctica sus planteamientos, y ello pese a que ya habían hecho múltiples pruebas, que iban de una parte a otra del arco ideológico-político, incluyendo también las opciones liberales. Sin embargo, como señalaba Llauder, el liberalismo era incompatible con el catalanismo, pues uno y otro defendían justo lo contrario. ¿Cuál era, en este terreno, la posición del carlismo? El director del *Correo Catalán* la exponía de la manera siguiente:

Nosotros, que somos tan catalanistas, por lo menos, como el que más, a quienes nadie puede ganarnos en amor a Cataluña y en el deseo de su enaltecimiento, que no hemos sido nunca amigos ni cómplices de los que incendiaron sus monumentos, destruyeron sus archivos y redujeron a Cataluña a la servidumbre liberal, antes los hemos combatido siempre, nosotros no hemos hecho alarde de catalanismo, ni nos hemos asociado a este movimiento, algunas veces febril y por lo tanto atropellado, de sus propagandas ni organismos, porque no hemos querido descender de nuestras posiciones ni ser arrastrados por el movimiento de aguas en el que se ahogarán tantas ilusiones.

Nos ha bastado decir lo que somos, y después sentarnos, observar y esperar. Hemos dicho que somos regionalistas, esto es, partidarios de todas las descentralizaciones y de todas las libertades forales prometidas en los programas de nuestro augusto Jefe; somos la tradición en lo que tiene de santo y glorioso, y el progreso verdadero, por lo que somos los herederos de lo porvenir. En nosotros se encarna el catalanismo, y no existe ni puede existir otro árbol que el nuestro en que la hermosa y robusta Cataluña pueda encontrar la sombra y la lozanía que busca.

Y, dirigiéndose a los catalanistas, añadía:

Ahora, por primera vez, nos dirigimos a los catalanistas para decirles: Ensayad, buscad, discurrid; y cuando estéis abatidos, hastiados, antes de entregaros al desengaño, levantad los ojos a nuestra causa.

Entonces os convenceréis de que fuera de nosotros no hay verdadero catalanismo; por esto no vamos tras de vosotros, sois vosotros los que un día vendréis a nuestro encuentro. Os esperamos,

porque al fin os convenceréis que *L'enaltiment de Catalunya* no pueden darlo más que los que somos enemigos de lo que ha sido su muerte, pues el catalanismo es una idea que no puede encarnarse más que en quien la tiene escrita en su bandera, que puede verse triunfante¹¹.

Lógicamente, si el catalanismo constituía una reacción contra los efectos del liberalismo, el espacio político más adecuado para que éste pudiera desarrollarse era el ocupado por el movimiento antiliberal español por excelencia, esto es, el carlismo.

Luis M. de Llauder no se ocupó en otros escritos de la cuestión catalanista, con la excepción de tres pequeñas referencias parciales, calificables incluso, en alguno de los casos, de francamente marginales. En un artículo de febrero de 1889, dedicado a los efectos de 1789 y el liberalismo, el publicista catalán había hecho una referencia puntual al regionalismo: «Vendrán los catalanistas modernos a lamentar el golpe que esto da a nuestro regionalismo; pero, como casi todos hacen alarde de sus ideas liberales, estarán en contradicción consigo mismo al oponerse a lo que lógicamente no pueden contradecir.»¹² Y casi una década después, en septiembre de 1898, en el que sería a la postre uno de sus últimos artículos, podemos encontrar otra mención, a modo de sentencia: el regionalismo se había desarrollado como consecuencia del parlamentarismo, o sea del liberalismo centralizador¹³. Si dejamos a un lado este par de referencias marginales al tema que nos ocupa, la referencia parcial que nos queda corresponde al artículo publicado en el *Correo Catalán* una semana después de la aparición de «Catalanismo». La primera de las tres partes que componían el texto, titulado «Tríptico», estaba dedicada al catalanismo. Era una respuesta a las opiniones vertidas a lo largo de la semana en el diario *La Renaixensa* a propósito del artículo de Llauder del 3 de marzo. Pere Pagès i Rueda había escrito, entre otras cosas más, que los catalanistas, si eran en verdad catalanistas, no podían ser carlistas:

Crec que els catalanistes, si són verdaders catalanistes, no són, ni seran, ni ara ni mai, carlins. De cap manera. No seran carlins de

¹¹ L[uis] M. de Ll[auder], «Catalanismo», *Correo Catalán* (Barcelona), 3 marzo 1895, págs. 11-13. La cita, en pág. 13.

¹² L[uis] M. de Ll[auder], «Pedir peras al olmo», *Correo Catalán* (Barcelona), 17 febrero 1889, pág. 12.

¹³ L[uis] M. de Ll[auder], «Problema pavoroso», *Correo Catalán* (Barcelona), 24 septiembre 1898, pág. 12.

la mateixa manera que no seran fusionistes, conservadors ni federals. Som catalanistes perquè creiem que cap dels partits polítics que avui funcionen, pot de cap manera portar a Catalunya al lloc d'enaltiment que nosaltres, els catalanistes, li desitgem¹⁴.

Si el rechazo del catalanismo hacia todos los partidos políticos, fueran éstos del color que fueran, constituía el primer argumento de la réplica a Llauder, el segundo consistía en impugnar la frase en la que se afirmaba que los males de Cataluña se iniciaban con la penetración del liberalismo. En realidad, las desgracias empezaban con la unión de Aragón y Castilla, y empeoraban progresivamente hasta llegar a su máximo nivel con Felipe V. ¿Cómo podía el pretendiente Carlos VII, que era un descendiente de este último, realizar las aspiraciones del catalanismo?, se preguntaba retóricamente Pagès i Rueda. Al final del artículo se insertaba un llamamiento general a ser sólo catalanes como única forma de ensalzar a Cataluña, al margen de identidades carlistas o de cualquier otra forma política. En la contrarréplica, Luis M. de Llauder se limitaba simplemente a reafirmar las dos ideas centrales de su primer artículo: la incompatibilidad liberalismo-catalanismo, y el carlismo como única vía posible de desarrollo del catalanismo. Añadía, sin embargo, que el papel de Felipe V y los efectos del Decreto de Nueva Planta no eran tan importantes como decían los catalanistas, a los que se les debieron poner los pelos de punta al leer que «Felipe V no abusó de su victoria, como Cánovas suprimiendo los Fueros de las Provincias Vascongadas»¹⁵. De la misma opinión era el también carlista Ferran de Sagarra —«¡Todo se le achaca al pobre Felipe V!», exclamaba—, que, en una carta dirigida a Llauder y publicada en el *Correo Catalán*, le mostraba todo su apoyo en esta polémica. Como aquél había escrito, sostenía Sagarra, los verdaderos males empezaron con el liberalismo¹⁶. El mismo día en que se publicaba este último artículo, también aparecía una nueva réplica en las páginas del diario catalanista. Tras lamentar que Llauder no hubiera respondido a sus verdaderas objeciones, el autor insistía en el hecho que entre los partidos políticos existentes no había ninguno que pu-

¹⁴ P[ere] P[agès] y R[ueda], «Lo catalanisme y 'ls carlins», *La Renaixensa* (Barcelona), 6 marzo 1895, pág. 1318.

¹⁵ L[uis] M. de L[lauder], «Tríptico», *Correo Catalán* (Barcelona), 10 marzo 1895, pág. 10.

¹⁶ F[erran] de S[AGARRA], «A propósito del catalanismo», *Correo Catalán* (Barcelona), 15 marzo 1895, pág. 11.

diera encarnar entonces las aspiraciones del catalanismo. En el futuro debería hacerlo un partido político nuevo, un partido regionalista que, poco a poco, estaba empezando a echar raíces. La parte más importante del texto estaba dedicada a rebatir los argumentos de tipo histórico, es decir, el papel de Felipe V y las repercusiones del Decreto de Nueva Planta. Si Llauder fuese un «castellano centralizador», afirmaba Pagès, sus opiniones en este punto podrían llegar a entenderse, pero como procedían de una persona que aseguraba querer a su tierra, éstas se convertían en intolerables¹⁷. A pesar de todas estas afirmaciones, no hubo ninguna nueva aportación al debate en las páginas del *Correo Catalán*. El director de este diario prefería intervenir en otras causas que consideraba más trascendentes y dignas de atención.

La polémica continuó, en cambio, en *La Renaixensa*. La discusión fue reabierto por Narcís Ferran i Soler en un par de artículos que pretendían ser una respuesta tanto a Llauder como a Sagarra. Según él, no existían coincidencias entre carlistas y catalanistas: mientras que los primeros querían centralización política y descentralización administrativa, ellos, los catalanistas, reclamaban autonomía política y autonomía administrativa. La diferencia era, en consecuencia, notable. Sin embargo, lo que más indignaba a Ferran i Soler, al igual que al resto de los catalanistas, tanto de *La Renaixensa* como de otras publicaciones, era la subestimación que hacían los carlistas del nefasto papel de Felipe V¹⁸. En el segundo de los trabajos se planteaba el interrogante de saber si los carlistas eran regionalistas. No faltaba un testimonio personal:

Dintre el partit carlista hi ha, és veritat, alguns regionalistes, però és perquè van equivocats i no saben les aspiracions d'ambdues idees; lo que subscriu té la franquesa de dir que en altre temps també es comptà entre aquests; però veient que els carlins no eren regionalistes se'n separà; pogué més en ell l'amor a la *Pàtria* que al *Rei*, no volgué posar aquest davant a aquella; i en semblant cas se troben molts regionalistes. ¿Per què per defensar a un Rei hem de renegar de la *Pàtria*? No, jamai. En son lema els carlins anteposen lo nom de *Pàtria* al de *Rei*, però en la pràctica no, primer és lo *Rei*. I heus aquí la causa principal de nostres desavinences.

¹⁷ P[ere] P[agès] y R[ueda], «Lo catalanisme y 'ls carlins», *La Renaixensa* (Barcelona), 15 marzo 1895, págs. 1503-1506.

¹⁸ Narcís Ferran y Soler, «Erudició carlista», *La Renaixensa* (Barcelona), 17 marzo 1895, pág. 1555. Otra crítica a Luis M. de Llauder por negar las «afrentas» de Felipe V, en M. R., «Catalunya i carlisme», *La Veü del Montserrat* (Vic), 23 marzo 1895. Se-

Para obtener una respuesta a su pregunta, Ferran i Soler procedía a un análisis de la actitud de los carlistas. En primer lugar, se hacía una alusión a Llauder a fin de destacar que, aunque hacía más de un cuarto de siglo que se dedicaba al periodismo, la primera vez que trató del regionalismo fue en marzo de 1895. Esto resultaba, como mínimo, sospechoso. En segundo lugar, los carlistas contaban con muy pocos periódicos en catalán, cuando, de hecho, lo que caracterizaba a todo buen regionalista era precisamente el uso de esta lengua. Finalmente, según este articulista, no había en los manifiestos de Don Carlos ninguna declaración marcadamente regionalista, sino todo lo contrario. En conclusión, los carlistas no eran regionalistas¹⁹.

En los días siguientes se publicaron en *La Renaixensa* otras dos aportaciones, de carácter histórico, obra de Joaquim Botet i Sisó. Después de repetir que, para los catalanistas, Cataluña —la Patria— estaba por encima de todo, a diferencia de lo que sucedía con los carlistas que siempre anteponian al Rey, Botet i Sisó mostraba indignación ante la frase de Llauder en la que se comparaban las obras de Felipe V y de Cánovas del Castillo. Y la mostraba también frente a la infravaloración que, en su opinión, llevaba a cabo el director del *Correo Catalán* de la naturaleza y los efectos del Decreto de Nueva Planta, promulgado por el antepasado del pretendiente carlista²⁰. En todo caso, el escrito más interesante publicado por Botet i Sisó en el marco de esta polémica pudo leerse por vez primera el 23 de marzo en *Lo Geronés*, órgano portavoz del Centre Catalanista de Gerona. En este artículo, dedicado a las evoluciones del carlismo, se hacía un breve repaso de las transformaciones que se habían producido en el ideario carlista desde la guerra civil de 1833-1840. Durante la guerra de los Siete Años, argumentaba el historia-

gún Maties Ramisa, M. R. era un redactor del periódico, pero se desconoce su identidad. Cfr. Maties Ramisa, *Els orígens del catalanisme conservador i «La Veu del Montserrat» 1878-1900*, Vic, Eumo Editorial, 1985, pág. 73.

¹⁹ Narcís Ferran y Soler, «Los carlins ¿son regionalistas?», *La Renaixensa* (Barcelona), 24 marzo 1895, pág. 1696. Al día siguiente, un nuevo artículo, escrito por un clérigo gerundense, reforzaba este diagnóstico. X., «Carta al Senyor Director del *Correo Catalán*», *La Renaixensa* (Barcelona), 25 marzo 1895, págs. 1719-1721.

²⁰ J[oaquim] B[otet] y S[isó], «Catalanistas y prou», *La Renaixensa* (Barcelona), 27 marzo 1895, pág. 1752. J[oaquim] B[otet] y S[isó], «Lo Decret de Nova Planta» *La Renaixensa* (Barcelona), 6 abril 1895, pág. 1954. Estos artículos fueron publicados anteriormente en *Lo Geronés*. Sobre Joaquim Botet i Sisó, cfr. Ramon Alberch y Josep Quer, *Joaquim Botet i Sisó: del catalanisme al nacionalisme*, Barcelona, Columna, 1998; y *Obra numismàtica esparsa i inèdita de Joaquim Botet i Sisó*, edición a cargo de Miquel Crusafont, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1997.

dor gerundense, los carlistas eran legitimistas y partidarios de la organización y del régimen político anteriores a la muerte de Fernando VII. Y eso nada que ver tenía con la monarquía tradicional «compatible amb les Corts dels antics reialmes d’Espanya i respectuosa dels drets i llibertats del poble». Fue en el Sexenio Democrático cuando, aprovechando el amplio sentimiento descentralizador que se estaba viviendo, el carlismo procedió a modificar su programa y sus planteamientos en este terreno. En consecuencia, los documentos y los manifiestos de Don Carlos de aquellos años prometían ya la restauración de la monarquía tradicional española con la restitución de los fueros y libertades de todas las regiones. Con el acceso al trono español del rey Alfonso XII la tendencia a extranjerizar y centralizar prosiguió. Fue entonces cuando el sentimiento de reivindicación de las antiguas libertades dio sus frutos e hicieron su entrada en escena los regionalistas, es decir, los catalanistas. El partido carlista, mientras tanto, mantenía la misma bandera, pese a que hubieran tenido lugar cambios en los procedimientos políticos. No obstante, esta organización estaba volviendo últimamente a la bandera de la Primera Guerra Carlista, algo que podía provocar conflictos internos, ya que

... no sabem quina resolució prendrien los carlins, que són molts i respectables, que uneixen la lleialtat a D. Carles amb la fidelitat a la *monarquia tradicional* restauradora de les Corts dels antics reialmes d’Espanya i compatible amb les seves llibertats polítiques, econòmiques i administratives.

La base de estas forzadas deducciones y especulaciones de Joaquim Botet i Sisó eran, evidentemente, las manifestaciones de Luis M. de Llauder sobre el catalanismo. En el penúltimo párrafo del artículo aparecido en *Lo Geronés* se introducía la duda de saber si las afirmaciones del director del *Correo Catalán* estaban hechas a título personal o si se trataba de opiniones autorizadas. El historiador gerundense se inclinaba por esta última opción, teniendo en cuenta tanto la experiencia aportada por la publicación de otros textos anteriores del autor, como el hecho de que el principal periódico portavoz del partido hubiera reproducido el artículo y éste contara también con la «aquiescencia tácita» del resto de la prensa carlista. Por consiguiente, sostenía, la nueva evolución del carlismo hacia la monarquía simplemente descentralizadora era manifiesta²¹. Sin em-

²¹ J[oaquim] B[otet] y S[isó], «Les evolucions del Carlisme», *Lo Geronés* (Gerona), 23 marzo 1895, págs. 1-2.

bargo, Botet i Sisó afirmaba de paso que en algunos sectores del carlismo catalán existía ya un cierto desacuerdo con estas opiniones del jefe regional. El ejemplo que se citaba era el del periódico carlista de Gerona, *El Baluarte*, que se apresuró lógicamente a desmentirlo²². La prensa afín publicó, en esta ocasión, muestras de apoyo a Llauder²³. Como quiera que sea, los posibles y supuestos desacuerdos no deberían sorprendernos, sobre todo si se toma en consideración la limitada visión que había ofrecido Llauder del regionalismo de los carlistas, que, aunque plenamente coherente con su propio pensamiento, no se correspondía del todo con las variadas ideas que sobre esta cuestión estaban exponiendo otros publicistas de la misma órbita, ni tampoco con la importancia que ya por aquel entonces otras instancias del partido del pretendiente Carlos empezaban a otorgarle.

Uno de los personajes que, desde el interior del carlismo, llevaba algo más lejos que Llauder la defensa del regionalismo era el gallego Juan Vázquez de Mella. Él fue precisamente el causante de la primera de las grandes controversias que, en torno a esta temática, enfrentaron al *Correo Catalán* y *La Renaixensa*. Vázquez de Mella había pronunciado en Barcelona unas conferencias sobre regionalismo. Las de los días 19 y 20 de febrero de 1891, en concreto, que se celebraron en la Asociación de Católicos y trataban sobre el «concepto genuino del regionalismo», encendieron la polémica²⁴. Ernest Moliné i Brasés abrió el fuego desde *La Renaixensa* con la siguiente confesión: nunca había escuchado en boca de un político «militante» una declaración regionalista tan categórica. No obstante, aunque estaba de acuerdo en algunas cosas, en otras muchas, en cambio, «nos dolia contemplar al senyor Mella amb la vergonyosa llureia d'home polític i fins a voltes amb l'intent de portar al molí carlista les aigües abundantíssimes del regionalisme.» Un análisis en profundidad de estas conferencias le había convencido

²² El Centinela, «¡Desperta ferro!», *El Baluarte* (Gerona), 31 marzo 1895, págs. 7-11.

²³ P. B., «Actualidades», *El Voluntario* (Barcelona), 23 marzo 1895, pág. 4. El Corresponsal, «Noticias de Sabadell», *Correo Catalán* (Barcelona), 13 marzo 1895, ed. mañana, pág. 7.

²⁴ Cfr. *Correo Catalán* (Barcelona), 17 febrero 1891, ed. mañana, pág. 2. *Correo Catalán* (Barcelona), 19 febrero 1891, ed. mañana, pág. 3. «Conferencia del señor Mella», *Correo Catalán* (Barcelona), 19 febrero 1891, ed. mañana, págs. 5-8. *Correo Catalán* (Barcelona), 20 febrero 1891, ed. tarde, pág. 1. «En la Asociación de Católicos», *Correo Catalán* (Barcelona), 21 febrero 1891, ed. mañana, págs. 5-9. «Concepto regionalista de la representación. Segunda conferencia doctrinal del señor Mella», *Correo Catalán* (Barcelona), 22 febrero 1891, págs. 7-12.

«de que ens pinta un regionalisme que no sent, i s'ha contradit amb evident lleugeresa per la mania quixotesca d'ésser més regionalista que els que sostenim amb exclusió de tota altra nostra santa bandera». Moliné negaba autoridad y carácter a Vázquez de Mella para poder ofrecer un «concepto genuino de regionalismo», ya que, entre otras razones, lo hacía desde el carlismo, un partido autoritario con un rey poco propicio «als nostres ideals», esto es, a los ideales catalanistas²⁵. No fueron, sin embargo, los desacuerdos de este colaborador de *La Renaixensa* con algunas de las afirmaciones fundamentales de la conferencia de Vázquez de Mella lo que provocaría las iras carlistas, sino sus consideraciones iniciales. Desde el *Correo Catalán* se le acusaba de haber asistido a estos actos con demasiadas prevenciones o, simplemente, de no haber entendido nada²⁶. En el fondo, lo que realmente indignaba a los carlistas era la alusión a la «vergonzosa librea de hombre político» de Vázquez de Mella.

En un segundo artículo, publicado poco tiempo después, Ernest Moliné i Brasés acusaba al *Correo Catalán* de haber trasladado la polémica al terreno personal y, por consiguiente, de transformarla en una simple pelea de verduleras (en catalán había escrito «baralla de bugaderes», es decir, literalmente, pelea de lavanderas). Las anteriores impugnaciones hechas a las tesis de Vázquez de Mella no sólo eran reafirmadas en este nuevo texto, sino también ampliadas²⁷. Resulta otra vez interesante constatar el poco interés que el diario carlista otorgó a la controversia. De esta manera, las únicas respuestas y alusiones deben buscarse en la sección «Dichos y hechos». Allí, por ejemplo, se recogían algunas de las palabras del joven catalanista para aplicárselas: «en lugar de discutir seriamente las opiniones del señor Vázquez de Mella, se agarró como una *bugadera* a la persona del orador injuriándole, calumniándole y atribuyéndole conceptos que no vertió». Y, acto seguido, aprovechaban la ocasión para criticar el exclusivismo de los catalanistas y, sobre

²⁵ E[rnest] M[oliné] B[rasés], «Lo regionalisme del senyor Mella I», *La Renaixensa* (Barcelona), 25 febrero 1891, ed. mañana, págs. 1237-1239.

²⁶ «Dichos y hechos», *Correo Catalán* (Barcelona), 26 febrero 1891, ed. mañana, págs. 10-12. «Dichos y hechos», *Correo Catalán* (Barcelona), 27 febrero 1891, ed. mañana, pág. 11. «Dichos y hechos», *Correo Catalán* (Barcelona), 28 febrero 1891, ed. mañana, pág. 9. Pimentel [Sebastián J. Carner], «Regionalismo atrabiliario», *Correo Catalán* (Barcelona), 27 febrero 1891, ed. mañana, págs. 8-10.

²⁷ E[rnest] M[oliné] B[rasés], «Lo regionalisme del senyor Mella II», *La Renaixensa* (Barcelona), 1 marzo 1891, ed. mañana, págs. 1335-1336.

todo, su peculiar vocación literaria —Joan-Lluís Marfany ha escrito páginas muy interesantes sobre este tema²⁸— e ingenuidad: «no sabemos si querrán libertar a la patria cantando romances “A ella” o coplas “A X.”». En cualquier caso, desde el diario dirigido por Luis M. de Llauder se seguía exigiendo una rectificación de las palabras contenidas en el primer artículo, dirigidas a Juan Vázquez de Mella y a los políticos en general²⁹. La impetuosidad juvenil de Moliné i Brasés hizo que escribiera un tercer artículo, en el que, tras reconocer que posiblemente se había producido en su artículo inicial un cierto «acalorament de llenguatge», pasaba a criticar a todos los que le habían atacado —en especial, a los «carlo-pseudo-regionalistas del *Correo Catalán*»— y continuaba impugnando los discursos del publicista gallego³⁰. En el diario de Luis M. de Llauder se dieron por satisfechos con las explicaciones de Ernest Moliné i Brasés, insistiendo casi únicamente en que el propio protagonista reconocía su «acaloramiento de lenguaje», y clausuraron definitivamente esta polémica³¹. El único interés de los carlistas era que los ataques a Vázquez de Mella fuesen rectificadas, y no discutir con los catalanistas de doctrina. Para ellos, el tema del regionalismo era, a principios de la última década del siglo, en general y con alguna puntualísima excepción, secundario. Desde las páginas de *La Renaixensa*, al contrario, se estaba luchando por mantener la exclusiva en este espacio político, frente a ingerencias que no dudaban en calificar como oportunistas. Defendían, en definitiva, su propio territorio. En un artículo sin firma publicado en este periódico pocos días después de las citadas polémicas se sugería a Vázquez de Mella hacer caso de una máxima que, en esas circunstancias, estaba repleta de significados: «Cadascú a casa seva i Déu en la de tots»³². El regionalismo, el catalanismo, no era la «casa» de los carlistas. Como no podía ser de otra forma, los choques entre el *Correo Catalán* y *La Renaixensa* fueron en aumento, al tiempo que el partido carlista fortalecía y propagaba a finales de la centuria su

²⁸ Cfr. Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries, 1995, págs. 253-292.

²⁹ «Dichos y hechos», *Correo Catalán* (Barcelona), 2 marzo 1891, págs. 10-11. «Dichos y hechos», *Correo Catalán* (Barcelona), 5 marzo 1891, ed. mañana, págs. 10-11.

³⁰ E[rnest] M[oliné] B[rasés], «Lo regionalisme del senyor Mella III», *La Renaixensa* (Barcelona), 5 marzo 1891, ed. mañana, págs. 1419-1421.

³¹ «Dichos y hechos», *Correo Catalán* (Barcelona), 6 marzo 1891, ed. mañana, págs. 9-10.

³² «De procedència sospitosa», *La Renaixensa* (Barcelona), 8 marzo 1891, ed. mañana, pág. 1497.

propio regionalismo. En diciembre de 1897, el diario carlista se refería a *La Renaixensa* como un «periódico sistemáticamente anti-carlista»³³. La disputa entre regionalistas y carlistas catalanes por un espacio político, en el que divergían y convergían, no hizo entonces más que agravarse.

II

Las relaciones entre carlistas y catalanistas fueron siempre muy complicadas. El paso de antiguos carlistas a las filas del catalanismo, que resultaba ya evidente a finales del siglo XIX y que se convirtió en algo más notable con posterioridad, no contribuyó precisamente a mejorarlas. Narcís Ferran i Soler, al que hemos encontrado en la primera parte de este tríptico porfiando con Luis M. de Llauder, fue uno de ellos. Afirmar, sin embargo, que algunos carlistas se pasaron al catalanismo político o al nacionalismo catalán no significa de ninguna manera que esta evolución fuese ni lógica, ni natural, ni necesaria, como se puede leer todavía en algunos libros de historia y en ensayos periodísticos. No nos hallamos ante un proceso inexorable ni tampoco ante una línea recta. No se trata, en primer lugar, de un proceso inexorable, ya que otros muchos carlistas no dieron este paso y algunos evolucionaron, por ejemplo, hacia posiciones anti-catalanistas o próximas al nacionalismo español. No se trata, en segundo lugar, de una línea recta, ya que las dudas y las circunstancias personales y generales obligaron a describir curvas, giros, paradas y retornos. No podía ser de otra manera tratándose de seres humanos. Las trayectorias «ideales» no existen en la realidad. El fenómeno que estamos analizando, como todos los fenómenos históricos, es mucho más complejo. El novelista y pintor Marian Vayreda ha sido presentado, con harta frecuencia, como uno de los más nítidos exponentes de los personajes que, desde el carlismo, se pasaron lógica y naturalmente al catalanismo. Afirmar que Marian Vayreda pasó del carlismo al catalanismo no es falso, todo lo contrario, pero no introducir ninguna otra explicación adicional ni matices resulta bastante simplista. Los matices, en este caso, como veremos a continuación, no son trivia-

³³ «Cosas de *La Renaixensa*», *Correo Catalán* (Barcelona), 21 diciembre 1897, ed. mañana, pág. 9. Cfr. también «Tarea inútil», *Correo Catalán* (Barcelona), 1 diciembre 1897, ed. mañana, pág. 8; y *Correo Catalán* (Barcelona), 10 junio 1898, número extraordinario, pág. 3.

les. Siempre se saca a colación, al tratar de la ideología de Vayreda, unas palabras que él mismo escribió en su libro *Records de la darrera carlinada* (1898) para comentar las razones de su filiación al carlismo durante los años del Sexenio Democrático. La cita es muy interesante:

Amb semblants disposicions, se comprèn que les doctrines proclamades per l'Aparisi i sa escola venien a omplir un buit de mon esperit, i la carta, programa de D. Carlos a son germà, seguida del decret de restauració dels Furs havia d'aparèixer a mos ulls com lo verb de la nova idea. Era la doctrina regionalista que em seduïa. Encara que no la comprenia pas bé, portat per un intens amor a les coses de casa, pressentia la reconstitució de nostra antiga nacionalitat i la resurrecció d'una federació espanyola com a única reparació de punyents injustícies i desastrosos erros polítics. Així concebia jo el carlisme, i així vaig acceptarlo³⁴.

Estas frases, escritas a finales del Ochocientos, no pueden tomarse, como se ha hecho y se sigue haciendo muy a menudo, al pie de la letra, pues contenían una profunda carga justificadora, que es legítima, claro está, pero no por ello deberíamos renunciar a interpretarla de forma crítica. El pasaje de los recuerdos novelados de la guerra carlista de Marian Vayreda constituye una muestra perfecta de la supuesta coherencia de la propia evolución del personaje: desde el carlismo de su años de juventud, entendido siempre como regionalismo, al regionalismo tradicionalista de su madurez. No obstante, si dejamos a un lado las immaculadas reelaboraciones literarias, la evolución personal del autor se nos presenta como un poco más complicada.

Para comprender adecuadamente el proceso seguido por Marian Vayreda desde el alistamiento en las tropas del pretendiente Carlos VII durante la Segunda Guerra Carlista hasta la fundación, a finales de los años ochenta, de una entidad catalanista en su ciudad natal, el Centre Catalanista de Olot, debemos situarlo en el marco de la denominada escuela de Olot (*Escola d'Olot*). No se trataba de una simple escuela pictórica, sino de un movimiento mucho más global³⁵. En

³⁴ Marian Vayreda, *Recorts de la darrera carlinada*, Olot, Imp. de N. Planadevall, 1898, pág. 6.

³⁵ Sobre la escuela de Olot, cfr. el catálogo de la exposición *L'Escola d'Olot: J. Berga, J. Vayreda, M. Vayreda*, Barcelona, Fundació La Caixa-Museu Comarcal de la Garrotxa, 1993, y la tesis doctoral de Joan Sala i Plana, *La pintura a Olot al segle XIX: Berga i Boix i els germans Vayreda*, 4 vols., Universitat de Barcelona, 1990.

los fundamentos de la escuela de Olot —cuyos principales representantes fueron los hermanos Joaquim y Marian Vayreda y Josep Berga i Boix— existía una peculiar forma de entender el mundo y vías concretas de incidencia sobre la realidad. La pintura era la llave —en especial, el paisajismo, que ha estudiado de manera excelente Joan Sala³⁶—, aunque acompañada de manera casi indisociable de la literatura y de los certámenes literarios, así como de otras manifestaciones propagandístico-culturales, y de la creación de talleres de imaginería religiosa, los denominados «*sants d'Olot*» (santos de Olot). La participación en el movimiento catalanista, aunque desde una óptica claramente tradicionalista, a partir de finales de la década de 1880, creando centros y periódicos, también formaba parte del anterior proyecto. Desde la escuela de Olot, en conjunto, se intentaba contrarrestar, a nivel del imaginario cuando ya no era posible —o, como mínimo, era difícil— hacerlo en la realidad, las continuas y fulgurantes transformaciones que destruían un idealizado viejo mundo. Se trataba, en definitiva, de recrear la Montaña catalana (la *Muntanya*, en el sentido tradicional que había construido Jaime Balmes a mediados de siglo para identificar culturalmente un territorio delimitado por los Pirineos al norte, el Ampurdán al este, el Vallés al sur y al oeste la Segarra y los llanos de Urgel) para erigirla en modelo tradicional para una Cataluña en construcción³⁷. El *vigatanismo*, en tanto que vía literaria de acceso al regionalismo, había precedido las tentativas de los olotenses, pero con un grado mayor de desvinculación del carlismo³⁸. El éxito relativo del *vigatanismo* en la futura conformación del catalanismo contrastaría, sin embargo, con el relativo fracaso de la escuela de Olot.

³⁶ Joan Sala i Plana, *La pintura a Olot...* Joan Sala i Plana, *Josep Berga i Boix (1837-1914). L'interpret d'una època*, Olot, Llibres de Batet-Museu Comarcal de la Garrotxa, 2000. Margarida Casacuberta y Joan Sala i Plana, *Marian Vayreda i Vila (1853-1903). La recerca d'una veu pròpia*, Olot, Llibres de Batet-Museu Comarcal de la Garrotxa, 2002. Joan Sala i Plana (coord.), *Exposició Antològica de Marian Vayreda i Vila (1853-1903)*, Girona, Fundació Caixa de Girona-Ajuntament d'Olot-Museu Comarcal de la Garrotxa, 2003.

³⁷ Cfr. Jordi Canal, «Història de dos paisatges. L'Escola d'Olot i la recreació de la Muntanya catalana», en *L'Escola d'Olot...*, págs. 59-71. Para la referencia a Balmes, cfr. Jaime Balmes, «El catalán montañés» [1841], en *Obras Completas*, vol. V, Madrid, La Editorial Católica, 1949, págs. 895-903. Josep M. Fradera, «Entre la Muntanya i Babilònia: nota sobre el substrat ideològic del primer Verdaguer», *Anuari Verdaguer 1986*, Vic, Eumo Editorial, 1986, págs. 131-138.

³⁸ Cfr. Josep M. Fradera, «El vigatanisme en la transformació de les tradicions culturals i polítiques de la Catalunya muntanyesa (1865-1900)», en Maties RAMISA, *Els orígens del catalanisme conservador...*, págs. 19-52.

El catalanismo de Marian Vayreda y del grupo de Olot puede ser conceptualizado como tradicionalista. De hecho, el propio pintor y novelista catalán se autodefinía de esta manera: *tradicionalista regionalista*. Los años que transcurrieron entre 1889 y 1894, esto es, entre la campaña contra el Código civil y la muerte de Joaquim Vayreda, constituyeron la etapa de máximo apogeo del regionalismo en la comarca de Olot —a pesar de su escasa implantación social—. El papel desempeñado por el Centre Catalanista, el semanario *L'Olotí* y los certámenes literarios anuales fue entonces fundamental. La eclosión del catalanismo unía a los miembros de esta asociación política, aunque existían entre ellos opciones ideológicas diferenciadas. El paso de los años, sin embargo, fue abriendo brechas cada vez más difíciles de disimular. Cuando bajo la capa de la unidad catalanista, personajes de firmes ideas tradicionalistas como Marian Vayreda o Josep Berga i Boix —otro de los miembros, como vimos más arriba, de la escuela de Olot— entrevieron el desarrollo de posiciones que consideraban perniciosas, desde el posibilismo de determinados grupos catalanistas hasta el republicanismo de otros, empezaron a marcar rápidamente distancias. Marian Vayreda nunca escondió que se sentía más próximo a los carlistas que a los federales. El partido carlista, afirmaba en un artículo, «és lo qui de més antic ha sostingut la idea regionalista». En otro aseguraba que los regionalistas nada tenían que ver con los federales, ya que estos van al regionalismo «pels camins del racionalisme i nosaltres hi anem per los de la tradició»³⁹.

Sin renunciar al regionalismo, tanto Marian Vayreda como Josep Berga i Boix se aproximaron de nuevo al partido carlista. Ambos habían estado muy comprometidos en la etapa del Sexenio. Marian Vayreda luchó en las filas carlistas⁴⁰. Josep Berga tuvo que exiliarse debido a sus posiciones políticas (pintó, además, por aquel entonces, un retrato al óleo del pretendiente Carlos VII, que fue expuesto en la fachada del Ayuntamiento durante la ocupación carlista de Olot en 1874-1875⁴¹). Los dos escribieron sobre aquella época: los

³⁹ A.B.C. [Marian Vayreda], «Regionalisme», *L'Olotí* (Olot), 9 octubre 1892, páginas 478 y 480. M[arian] V[ayreda], «La cuestió del dia», *L'Olotí* (Olot), 28 marzo 1897, pág. 99. Cfr., asimismo, Marian Vayreda, «Carta desclosa. A D. Sebastià Sans i Bori», *L'Olotí* (Olot), 13 y 20 mayo 1897, págs. 185-187 y 191-194. Sebastià Sans i Bori, «Resposta a la carta desclosa d'en Marian Vayreda», *L'Olotí* (Olot), 27 mayo 1897, páginas 199-202.

⁴⁰ Cfr. Edgar Illas, «Marià Vayreda: el carlismo reciclado y el inconsciente catalán», *Res publica*, 13-14, 2004, págs. 87-96. Jordi À. Carbonell i Pallarès, «L'escola d'Olot i el carlisme», *Revista de Catalunya*, 44, septiembre 1990, págs. 83-93.

⁴¹ Reproducido en *L'Escola d'Olot...*, pág. 83, y en Joan Sala i Plana, *Josep Berga...*, pág. 39, fig. 12.

Records de la darrera carlinada, de Vayreda, ya citados, y *Lo Casal del Roure*, de Berga, una novela que no llegó a publicarse⁴². Algunos lustros después, en la última década del siglo, Josep Berga i Boix se inscribió como socio en el Círculo Tradicionalista de Olot, una entidad fundada en 1889⁴³. En 1895, Marian Vayreda, que siempre había demostrado más vocación y ambición política, no sólo ingresó en el Círculo Tradicionalista de Olot —fue aceptado como socio en la reunión de la junta directiva de la entidad del 16 de septiembre de 1895⁴⁴—, sino que aceptó cargos en la estructura del partido. Vayreda pasó a formar parte de la Junta tradicionalista del distrito de Olot con la intención, según declararía públicamente al final de esta aventura política, de potenciar la vertiente regionalista del partido carlista. La decisión de Marian Vayreda no pasó lógicamente inadvertida. A mediados de septiembre del mismo año, el alcalde de Olot, Ramon Torras, en una polémica con él, le calificaba de «aspirante a jefe del tradicionalismo o regionalismo (no tengo certeza a cual de las dos jefaturas aspira)»⁴⁵. En cualquier caso, el intento de Marian Vayreda fracasó. El día 20 de marzo de 1896 presentó la dimisión como integrante de la Junta tradicionalista del distrito de Olot, que presidía por aquel entonces Francisco Conill. Los motivos que aducía en la carta de renuncia iban desde el incumplimiento de algunas condiciones impuestas para su incorporación a la junta hasta la anulación por parte de una junta tradicionalista superior, sin dar explicaciones, de algunos acuerdos que se habían tomado en la de distrito, pasando por los ataques de las juntas superiores a los «fonaments del programa regionalista que forma part integrant del programa tradicionalista» y por el uso, por parte de aquéllas, de procedimientos «de marcat sabor liberal i autoritari». Por todo ello, Marian Vayreda se sentía herido en su dignidad como particular, como miembro de una junta y como tradicionalista regionalista⁴⁶. A partir de su nuevo abandono del carlismo en 1896, Marian Vay-

⁴² Arxiu Família Berga (Barcelona), *Lo Casal del Roure*, manuscritos.

⁴³ Arxiu Comarcal d'Olot (Olot), Asociaciones, Fondo Círculo Tradicionalista de Olot y su comarca (1889-1900), *Relación de socios, s.f.*, e *Índice alfabético de socios, s.f.*

⁴⁴ Arxiu Comarcal d'Olot (Olot), Asociaciones, Fondo Círculo Tradicionalista de Olot y su comarca (1889-1900), *Libro de sesiones del «Círculo Tradicionalista de Olot y su Comarca»*, 1889, 1889-1895, sesión 16 septiembre 1895, f. 87r.

⁴⁵ Ramon Torras, «A huir tocan», *El Eco de la Montaña* (Olot), 15 septiembre 1895, pág. 1.

⁴⁶ Arxiu Comarcal d'Olot (Olot), Asociaciones, Fondo Círculo Tradicionalista de Olot y su comarca (1889-1900), *Correspondencia*, Carta de Marian Vayreda a Francisco Conill (Olot, 20 marzo 1896).

reda se mantuvo en la órbita de la Unió Catalanista, con alguna colaboración puntual con los carlistas —especialmente en momentos electorales—, pero con un activismo cada vez más apagado y asumiendo, de forma progresiva, el papel de «prohom de la causa». La mayoría de sus obras literarias datan de los últimos años del siglo XIX y de los primeros del siglo XX: *Records de la darrera carlinada* (1898), *Sang nova* (1900) y *La punyalada* (1904). En la novela *Sang nova*, que tenía como subtítulo «novela montañesa» y puede considerarse su testamento político-ideológico, Marian Vayreda propugnaba la confluencia del tradicionalismo —la tradición, escribía, es la arteria que nace del corazón de la sociedad— y de la sana modernización⁴⁷.

El regionalismo tradicionalista de Marian Vayreda y su intento de reconducir al carlismo hacia una vía declaradamente regionalista no fue un caso aislado ni excepcional. Ni en Cataluña, como veremos más adelante, ni en otras regiones de España. En este sentido, cuatro nombres propios podrían ser citados: José María de Pereda, Alfredo Brañas, Arturo Campión y Daniel Irujo. El cántabro y el catalán tenían mucho en común. El Marcelo de la novela *Peñas arriba* (1895) de Pereda pretendía inocular *sangre pura* en la sociedad, mientras que Ramon de Montbrió, el personaje de la novela *Sang nova*, de Vayreda, publicada un lustro después, intentaba regenerar esta misma sociedad mediante la aportación de *sangre nueva* («*sanch nova*», en el catalán pre-fabriano del título original del libro)⁴⁸. El tradicionalismo, que en sus respectivos planteamientos integraba tanto la vertiente católica como la regionalista; la regeneración social a partir de los núcleos montañeses —la «Montaña» cántabra y la «Muntanya» catalana—, y el paisajismo acercaban las propuestas de José María de Pereda y de Marian Vayreda. Las implicaciones políticas del regionalismo, en cambio, les alejaban un poco, ya que si bien resultaban evidentes en Vayreda, no lo eran tanto en el caso de Pereda⁴⁹. José Montero caracterizaba el regio-

⁴⁷ Marian Vayreda, *Sanch Nova*, Olot, Imp. de N. Planadevall, 1900. Cfr. Narcís Selles, *Marià Vayreda i els corrents estètics a Olot (1877-1903)*, Olot, trabajo inédito, 1986.

⁴⁸ José María de Pereda, *Peñas arriba* [1895], Barcelona, Plaza y Janés, 1984 (edición de Demetrio Estébanez Calderón). Marian Vayreda, *Sanch Nova*.

⁴⁹ Cfr. José María de Pereda, *Cuarenta cartas inéditas a Manuel Polo y Peyrolón*, Santander, Fundación Marcelo Botín, 1990. José Montero, *Pereda*, Madrid, Imp. del Instituto Nacional de Sordomudos y de Ciegos, 1919. Anthony H. Clarke, *Pereda, paisajista. El sentimiento de la naturaleza en la novela española del siglo XIX*, Santander, Diputación Provincial de Santander, 1969. Laureano Bonet, *Literatura, regiona-*

nalismo del autor de *Sotileza* y de *De tal palo, tal astilla* con las siguientes palabras: severo, patriótico, afectivo y sentimental⁵⁰. Ambos literatos compartían, asimismo, una estrecha vinculación con el activismo carlista —militar o político— en un periodo de sus respectivas vidas, que coincidía con la etapa del Sexenio Democrático, y una relación posterior algo más esporádica. El aparato propagandístico de la organización de Don Carlos intentó en todo momento que José M. de Pereda fuera considerado, a todos los efectos, como uno de los suyos, tanto durante su vida como después de su muerte. No puede resultar sorprendente, en consecuencia, que la prensa carlista hiciera un extenso seguimiento de la entrada de Pereda en la Real Academia, en tanto que honor que de alguna manera les incumbía⁵¹. O bien que, en el álbum conmemorativo del centenario del carlismo, coordinado por Joan Maria Roma en 1935, figurase, entre las seleccionadas biografías de los principales personajes del movimiento a lo largo de la historia, la de Pereda⁵². Poco antes, en 1933, el carlista Ignacio Romero Raizábal escribió un largo poema en el que condensaba la vida del novelista. Los versos iniciales resultan muy interesantes:

Aún hay panegirista
de don José María de Pereda
que es fácil que no pueda
perdonarle haber sido un buen carlista⁵³.

Si los paralelismos entre Marian Vayreda y José María de Pereda podían basarse en el tradicionalismo regionalista y en el uso de la novela como vehículo de expresión, los del catalán Vayreda con el gallego Alfredo Brañas, en cambio, se fundamentaban sobre todo en

lismo y lucha de clases (Galdós, Pereda, Narcís Oller y Ramón D. Perés), Barcelona, Universidad de Barcelona, 1983, págs. 146-191. Benito Madariaga, *Pereda. Biografía de un novelista*, Santander, Librería Estudio, 1991. Manuel Suárez Cortina (ed.), *El perfil de «La Montaña». Economía, sociedad y política en la Cantabria contemporánea*, Santander, Calima, 1993. Manuel Suárez Cortina, *Casonas, hidalgos y linajes. La invención de la tradición cántabra*, Santander, Universidad de Cantabria-Límite, 1994.

⁵⁰ José Montero, *Pereda*, pág. 229.

⁵¹ «Pereda académico», *Correo Catalán* (Barcelona), 24 febrero 1897, ed. tarde, págs. 4-5. [José M. de] Pereda, «La novela regional», *Correo Catalán* (Barcelona), 7 abril 1897, ed. tarde, págs. 4-5.

⁵² [Joan Maria Roma, coord.], *Centenario del Tradicionalismo Español. Álbum Histórico del Carlismo, 1833-1933-35*, Barcelona, Gràfiques Ribera, [1935], págs. 242-243.

⁵³ Ignacio Romero Raizábal, «José María de Pereda» [1933], en *Regalo de Boda. Anecdótico*, San Sebastián, Editorial Española, 1939, pág. 41.

el acercamiento de ambos personajes al partido carlista hacia finales de siglo, después de una notoria singladura en el movimiento regionalista a lo largo de los años precedentes. El caso de Vayreda ya ha sido tratado. Alfredo Brañas, que fue uno de los personajes más destacados del regionalismo gallego, en su línea tradicionalista, y autor del famoso *El regionalismo* (1889)⁵⁴, hizo una sorprendente —sorpresa, ya que llegó de golpe, no por problemas de coherencia— aproximación al carlismo, con la publicación, en noviembre de 1898, de dos artículos en el diario *El Correo Español*, dedicados a Don Carlos. La dedicatoria de estos escritos al pretendiente Carlos VII, aseguraba Brañas en el primero de los escritos, que llevaba por título «Laboremus», era una cuestión de simpatía:

Los regionalistas no podemos simpatizar con los que han falsificado nuestros programas, o los aceptan en parte, o los acomodan a sus ocultas y bastardas ambiciones. (...). Para Vuestros leales que nos defienden, que aceptan lo fundamental de nuestro programa, que en favor nuestro han dejado oír su elocuente voz en el Parlamento madrileño, y que en la prensa nos respetan y hacen justicia, para Vos y ellos son todas nuestras simpatías y hasta nuestra colaboración, si algo valiese⁵⁵.

El principal órgano de los carlistas catalanes reprodujo estos artículos⁵⁶. Pese a que desde el carlismo se intentó sacar el máximo rendimiento de este acercamiento, nunca fue una integración. Brañas falleció poco tiempo después, en 1900. Ramón Máiz ha destacado la coherencia de la evolución del personaje en base al regionalismo tradicionalista, profundamente antiliberal, que siempre le había caracterizado. Las coincidencias con el ideario carlista eran muy notables. Alfredo Brañas reafirmó progresivamente este regionalismo en sentido tradicionalista —las crisis del 98 provocaron en

⁵⁴ Alfredo Brañas, *El regionalismo. Estudio sociológico, histórico y literario*, Barcelona, Imp. Jaime Molins, 1889.

⁵⁵ Alfredo Brañas, «Laboremus», *El Correo Español* (Madrid), 21 noviembre 1898; y «Organización administrativa de Galicia», *El Correo Español* (Madrid), 30 noviembre 1898.

⁵⁶ Alfredo Brañas, «Don Carlos y el regionalismo gallego», *Correo Catalán* (Barcelona), 24 noviembre 1898, ed. mañana, págs. 12-15 (aquí reproducían el artículo «Laboremus»), y «Organización administrativa de Galicia», *Correo Catalán* (Barcelona), 2 diciembre 1898, ed. mañana. Cfr. también Alfredo Brañas, «Las lenguas regionales», *Correo Catalán* (Barcelona), 29 enero 1900, págs. 6-8. «Don Alfredo Brañas», *Correo Catalán* (Barcelona), 24 febrero 1900, ed. mañana, págs. 7-8. Manuel Polo y Peyrolón, «Brañas», *Las Noticias* (Barcelona), 15 marzo 1900, pág. 1.

este autor una cierta efervescencia españolista— ante el peligro que suponía, tanto desde su punto de vista como desde el de Vayreda, el desarrollo de un liberalismo o una «izquierda» regionalistas⁵⁷.

A diferencia de los otros personajes que estamos tratando, el navarro Arturo Campión destacó siempre por su reconocido anti-carlismo⁵⁸. Sin embargo, su figura puede interesarnos ya que llevó a cabo una maniobra parecida a la de Marian Vayreda, aunque a un nivel partidista mucho más elevado: intentar transformar desde dentro en sentido regionalista una agrupación política. En esta ocasión, se trataba del partido integrista liderado por Ramón Nocedal. El acercamiento iniciado por Arturo Campión al integrismo, después de la escisión de 1888, y su posterior alineamiento, con el acceso al Congreso en representación de este partido, acabaron abruptamente de 1893 en el marco de una agria polémica con Ramón Nocedal⁵⁹. En ésta se mezclaban desde la delicada situación del partido en la política española hasta el intento de Campión de reconocer la dinastía reinante, aunque sobresalía el pulso que ambos personajes mantenían, desde hacía meses, sobre la posibilidad de defender posiciones claramente regionalistas desde el interior del integrismo. Uno de los reproches que Nocedal hizo a Campión consistía en no defender lo suficiente los verdaderos ideales de su partido. Un partido, el integrista, que, evidentemente, tal como la experiencia se ocupó de demostrar, no era transformable en regionalista⁶⁰. Daniel Irujo, finalmente, es seguramente el menos cono-

⁵⁷ Sobre Alfredo Brañas, cfr. Ramón Máiz, *Alfredo Brañas. O ideario do rexionalismo católico-tradicionalista*, Vigo, Galaxia, 1983. Ramón Máiz, *O rexionalismo galego: organización e ideoloxía (1886-1907)*, La Coruña, Edición do Castro, 1984. Alberto Martínez López, «Contribución ao estudo das relacións entre catolicismo social e rexionalismo na Galicia da Restauración», *Estudios de Historia Social*, 28-29, 1984, págs. 221-232. Justo G. Beramendi, *Alfredo Brañas no rexionalismo galego*, Santiago de Compostela, Fundación Alfredo Brañas, 1998. Francisco Puy Muñoz (coord.), *Xornadas Alfredo Brañas*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2000.

⁵⁸ Arturo Campión, «Carlismo, integrismo y regionalismo», *La España Regional* (Barcelona), vol. V, 1888, págs. 481-492, y vol. VI, 1889, págs. 3-16, 97-118 y 193-213. Una dura respuesta desde el carlismo, en Ildelfonso López de Hédiger, «Obra de destrucción», *Correo Catalán* (Barcelona), 12, 20 y 26 abril 1889, ed. mañana, págs. 8-10, 8-10 y 9-11. Sobre la revista *La España Regional*, cfr. Josep Pich i Mitjana, «El regionalisme tradicionalista, monàrquic, catòlic i espanyolista. La revista *La España Regional*», *El Contemporani*, 18, 1999, págs. 36-45.

⁵⁹ Arturo Campión, *La batalla chica del Sr. Nocedal*, Pamplona, Imp. y Librería de José Erice, 1893. Arturo Campión, *Discursos políticos y literarios*, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1976.

⁶⁰ Sobre Arturo Campión, cfr. Vicente Huici Urmeneta, «Ideología y política en Arturo Campión», *Príncipe de Viana*, 163, 1981, págs. 641-687. José Javier López An-

cido de los personajes analizados, aunque la defensa de Sabino Arana en los célebres procesos de 1896 y 1902 lo llevara al primer plano de la actualidad política vasca de la etapa de entre siglos⁶¹. Daniel Irujo, de familia carlista y carlista en sus orígenes, evolucionó hacia el nacionalismo vasco a finales del siglo XIX, para regresar, a principios del Novecientos, a la órbita carlista. Sin embargo, la defensa de sus irrenunciables posiciones nacionalistas desde el carlismo le resultó imposible. En 1908 se lo comunicaba al dirigente del partido Tirso de Olazábal. En la carta que le dirigió, anunciando su baja del partido y declarando que pasaba desde entonces a declararse simplemente nacionalista, Daniel Irujo afirmaba que había vivido en un error al considerar que el carlismo integraba sus posiciones fueristas:

Me considero Sr. Olazábal desautorizado por V.; y al observar que en esos artículos aprobados y aplaudidos por V., se han verificado conceptos abiertamente opuestos, a juicio mío, a principios que he creído siempre integrantes del credo político de los carlistas navarros, que a mí me enseñaron y me legaron mis padres carlistas de cepa, en punto a los derechos de Navarra, me persuado de que he vivido en un error, y que esos principios a que me refiero no están en el programa del partido carlista, del que es V. digno Jefe en este antiguo reino. Por lo que, y porque antes que carlista he sido y soy navarro, me creo obligado a darme de baja, como me doy, en el Partido Carlista (...)⁶².

Ángel García-Sanz Marcotegui ha hecho referencia, con acierto, al «carlo-nacionalismo imposible» de Daniel Irujo. Las evoluciones de este personaje, tan llenas de idas y vueltas y tan poco parecidas a una línea recta, se asemejaban bastante, con las lógicas diferencias que entre uno y otro existían, a las de Marian Vayreda.

Las breves consideraciones precedentes, inevitablemente esquemáticas pues merecerían uno o varios artículos, ponen de ma-

tón, *Arturo Campián entre la historia y la cultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998. José Javier López Antón, «Blancos y Negros o la frustración de la tendencia fuerista de los euskaros», *Letras de Deusto*, 81, 1998, págs. 165-199. Iñaki Iriarte López, *Tramas de identidad. Literatura y regionalismo en Navarra (1870-1960)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. José Manuel Azcona Pastor y Joaquín Gortari Unanua, *Navarra y el nacionalismo vasco. Ensayo histórico-político sobre las señas de identidad originaria del Viejo Reino*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

⁶¹ Cfr. Ángel García-Sanz Marcotegui, *Daniel Irujo Urra (1862-1911). El carlo-nacionalismo imposible del defensor de Sabino Arana*, Pamplona, Pamiela, 1995.

⁶² Citada en *Ibíd.*, pág. 156.

nifiesto, como mínimo, tres cuestiones: la variedad y la complejidad de la evolución, cuando ésta se producía, desde el carlismo a los regionalismos y nacionalismos; las desconfianzas existentes en el interior del regionalismo, entre unos y otros sectores, a pesar de la apariencia de armonía; y la poca utilidad de pensar las diferentes opciones políticas como si se tratara de rígidos compartimentos. El estudio aislado del catalanismo ha mostrado claramente sus limitaciones⁶³. A finales del siglo XIX se había formado entre los movimientos carlista y catalanista un espacio de intersección que complicaba sobremanera las relaciones entre unos y otros. El catalanismo no se instaló al lado de las culturas políticas y las formaciones del arco político catalán pre-existentes, sino que las cortó de forma transversal. De ahí la génesis de múltiples espacios de intersección política. Por esta razón, en el caso del carlismo, no resultaban sorprendentes denominaciones como tradicionalismo regionalista o carlismo catalanista. Conservadores, liberales, integristas, republicanos y anarquistas admitirían consideraciones análogas. La construcción del catalanismo se realizó en pugna y en competencia con todos estos espacios políticos. La lucha entre carlismo y catalanismo era, por lo tanto, inevitable y la confrontación se endurecía con la proximidad. Mientras que desde el carlismo se intentaba la captación o el acercamiento a los sectores más tradicionalistas del catalanismo, rechazando a los demás por liberales, entre los diferentes sectores del catalanismo se podían detectar actitudes que iban desde la connivencia y la voluntad de atracción hasta el conflicto irreconciliable. La lucha se trasladaba también al terreno ideológico. El carlismo cuestionaba la originalidad doctrinal del catalanismo y contraponía a éste su propio pasado regionalista. El fuerismo, olvidando la existencia de un importante fuerismo liberal, era su emblema. En todos los casos se intentaba presentar un carlismo comprometido con el regionalismo «de bona mena», el buen regionalismo —como decía el pretendiente carlista en 1900, «los principios e ideas proclamadas por Mí desde hace más de treinta años sobre el regionalismo, anchamente aplicado dentro de la Unidad Nacional española»⁶⁴—, que formaba parte del pasado y el presente de este movimiento y al que no era posible renunciar.

A pesar de la insistencia con la que los carlistas se declaraban regionalistas en la década de los noventa, la ambigüedad y la timi-

⁶³ Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme...*

⁶⁴ «Desde Venecia. El Regionalismo. Telegrama de Don Carlos de Borbón al señor Mella», *Correo Catalán* (Barcelona), 14 abril 1900, ed. mañana, pág. 8.

dez de sus planteamientos resultaban más que evidentes. A finales de siglo, el regionalismo del partido carlista había quedado fijado por las proclamas del pretendiente Carlos VII —los manifiestos de la etapa del Sexenio Democrático y las cartas a Luis M. de Llauder (1882) y a José B. Moore (1899)— y por el Acta de Loredán. Ya a fines de 1893, Don Carlos comentaba al marqués de Cerralbo, que por aquel entonces era su representante en España, que el terreno que ofrecía el regionalismo era «vasto y fecundo pero debemos avanzar en él con pies de plomo. Un paso en falso puede traer conflictos irreparables»⁶⁵. Unas afirmaciones del dirigente valenciano Manuel Polo y Peyrolón nos van a permitir apreciar los límites del partido en esta temática. Afirmaba, en plena discusión y efervescencia sobre el catalanismo, a principios de 1900, lo que sigue:

No hay catalanismo, ni regionalismo que pueda competir con las libertades tradicionales, esto es, con los fueros, franquicias y privilegios de nuestros antiguos reinos, y los carlistas todos, con nuestro augusto Jefe a la cabeza, somos fueristas a macha martillo. Más de 30 años hace que lo venimos predicando a los cuatro vientos⁶⁶.

La suma de precaución más la vaguedad característica del discurso carlista daban como resultado textos de este tipo. El regionalismo de los carlistas, a finales del siglo XIX, se situaba entre las posiciones de Juan Vázquez de Mella —los carlistas eran, según declaraba en 1893 en las Cortes, «*fueristas y regionalistas, por esencia, presencia y potencia*»⁶⁷— y las de Luis M. de Llauder. El abanico resultante era ciertamente amplio.

III

La insistencia de los carlistas catalanes sobre su propio regionalismo —e incluso, en algunos casos, como veremos a continuación, sobre su nacionalismo— provocó una escalada de las polémicas con los medios catalanistas en los últimos años del siglo XIX. Las disputas sobre la originalidad ideológica y, en especial, la lucha por

⁶⁵ Museo Cerralbo (Madrid), II, 26, Carta de Don Carlos al Marqués de Cerralbo (Venecia, 10 octubre 1893).

⁶⁶ Manuel Polo y Peyrolón, «Los carlistas, no», *Las Noticias* (Barcelona), 26 marzo 1900, pág. 1.

⁶⁷ Juan Vázquez de Mella, *Regionalismo y monarquía*, Madrid, Rialp, 1957, pág. 278.

el espacio político, en unos momentos muy críticos para la sociedad catalana y española, las convertían en inevitables. La novedad, en todo caso, con respecto a las disputas de 1891 o de 1895 que hemos analizado en la primera parte de este tríptico, puede hallarse en la incorporación en el bando carlista de nuevos interlocutores o polemistas que llevaban las propuestas del carlismo en el terreno catalanista mucho más lejos que los dirigentes de su organización política. No se trataba ya de personajes como Luis M. de Llauder, que defendía un regionalismo implícito y limitado, sino de jovencísimos e impetuosos publicistas, amantes de la controversia, que imaginaban el carlismo como el espacio político que respondía de forma más adecuada a los presupuestos catalanistas, tanto en aquel momento concreto como, aun, desde un punto de vista histórico. Algunos de ellos acabarían, a principios del Novecientos, fuera de la organización carlista como consecuencia de la insensibilidad o indignación de los dirigentes del partido ante sus osados y heterodoxos planteamientos. El semanario satírico barcelonés *Lo Mestre Titas* fue, entre 1897 y 1900, el principal portavoz de estos pequeños núcleos. Entre los jóvenes carlistas implicados en esta aventura encontramos a Joan Maria Roma, director del semanario, que haría una larguísima carrera como publicista en el partido hasta los años de la Segunda República. O a Manuel Roger de Llúria, que la prensa había señalado en 1896 como un modelo a seguir por parte de la juventud carlista —tenía, por aquel entonces, 25 años—, puesto que era el principal dirigente del partido en Lérida: jefe de la junta provincial, director del semanario *El Loredán* y presidente del Círculo Tradicionalista de Lérida. Era, asimismo, un catalanista convencido, circunstancia que lo alejaría del carlismo ya en el siglo xx, acercándolo a la órbita del nacionalismo catalán conservador⁶⁸. O encontramos, finalmente, a Joan Bardina, que, con 20 años, se convirtió en el redactor más prolífico e incisivo de *Lo Mestre Titas*. Igualmente como Roger de Llúria, Bardina abandonaría las filas carlistas en los primeros años del nuevo siglo⁶⁹.

⁶⁸ Sobre Manuel Roger de Llúria, cfr. Jordi Canal, «Els èxits i els fracassos del «carlisme nou» (1889-1900): una aproximació des de la Catalunya occidental», en Conxita Mir (ed.), *Carlins i integristes: Lleida segles XIX i XX*, Lérida, Institut d'Estudis Ilerdencs, 1993, especialmente págs. 140-143. Francesc Closa, *Catalanisme i renovació de la premsa carlina a Lleida. Ideologia i poder a El Almogávar Leridano, El Loredan i L'Almogáver (1890-1910)*, Lérida, Pagès Editors, 2002.

⁶⁹ Sobre Bardina y el carlismo, cfr. Jordi Canal, «El carlisme catalanista a la fi del segle XIX: Joan Bardina i *Lo Mestre Titas* (1897-1900)», *Recerques*, 34, 1996, págs. 47-71.

A finales de 1897, Joan Bardina publicó un par de artículos dedicados al catalanismo en la revista *Biblioteca Popular Carlista*, de estilo agresivo y poco maduros⁷⁰. Bardina, que firmaba con el seudónimo «Valcarlos» —un nombre altamente simbólico, pues el pretendiente Carlos VII cruzó la frontera por aquel lugar en febrero de 1876, camino del exilio—, se proponía desarrollar un conjunto de consideraciones sobre el catalanismo, que al defender «nuestras viejas libertades, no puede menos de tener alguna relación con el tradicionalismo, cuyo Augusto Jefe ha prometido solemnemente restaurar nuestros fueros seculares». En el primero de los escritos se ocupaba del análisis del cuerpo y del espíritu del catalanismo. Bardina empezaba argumentando que se trataba de un compuesto diferente al de los partidos políticos porque no tenía ni bases, que eran o bien carlistas o bien republicanas, ni dirigentes. Solamente contaba con unas cuantas docenas de periodistas, abogados y estudiantes. La pretensión catalanista de salvar Cataluña, tan pronto como fuera posible, sin bases ni dirigentes era, según Bardina, una locura: si el pueblo no exigía los fueros, nunca se conseguirían, y si no había líderes, nunca existiría ni unión ni fuerza. E incluso, en caso de triunfo, el catalanismo nunca podría satisfacer las aspiraciones del pueblo porque ya estaba infeccionado por el liberalismo. En cualquier caso, se preguntaba el autor, ¿qué necesidad había de recurrir al catalanismo si ya existía un partido, el carlista, que además de la unidad católica y la monarquía tenía como lema los fueros? La inutilidad del catalanismo político resultaba, en consecuencia, más que evidente. Si en el primer artículo Joan Bardina creía haber demostrado que el catalanismo era erróneo a nivel teórico, en el segundo pretendía argumentar que «no podía menos de ser en la práctica rematadamente malo». Era pernicioso tanto por lo que se refería a la religión —no acompañar la reivindicación de los fueros con la de la unidad católica, aceptando, al mismo tiempo, la teoría liberal, contribuía a la indiferencia religiosa— como en relación con la patria. La indiscriminada crítica a la política provo-

Una versión en castellano y revisada de este artículo, en Jordi Canal, *Banderas blancas, boinas rojas...*

⁷⁰ Valcarlos [Joan Bardina], «El catalanismo», *Biblioteca Popular Carlista* (Barcelona), vol. XXVII, septiembre 1897, págs. 10-18. Valcarlos [Joan Bardina], «Más sobre el catalanismo», *Biblioteca Popular Carlista* (Barcelona), vol. XVIII, octubre 1897, págs. 26-31.

caba una disminución de las adhesiones a los «partidos honrados». En este sentido, los «sectarios» —pues así los llamaba Bardina en algunas ocasiones— habían perjudicado mucho al carlismo. El efecto más deplorable de estas tesis era, no obstante, la enemistad que habían provocado entre los pueblos castellano y catalán. Por consiguiente, el catalanismo, además de ser estúpido e ilógico, era criminal. La solución no pasaba por combatirlo hasta lograr su desaparición, sino por devolverlo a su espacio propio, apartándolo de la política: «Dejen, pues, esos sectarios la política y sean catalanistas como lo son Verdaguer y Torras y Bages.»

Este par de artículos constituyeron los primeros en una extensa e interesante producción del joven Bardina sobre el catalanismo. Además de colaborar en la *Biblioteca Popular Carlista*, entre 1895 y 1897, lo hizo también en otras revistas como *El Voluntario*, *El Nuevo Cruzado*, *Lo Geni Catalá* —un semanario en catalán editado por los carlistas de Vilafranca del Penedés— y, muy especialmente, en *Lo Mestre Titas*. Entre los últimos meses de 1897 y los primeros de 1898, cuando Bardina tenía 20 años, se produjeron dos importantes hechos que marcaron su vida: en primer lugar, se vio impedido a dejar el Seminario de Barcelona en medio de un considerable revuelo —la correspondencia entre el Nuncio apostólico, el ministro de Gracia y Justicia y los obispos catalanes constituye una buena muestra de ello—, provocado por su participación en la génesis de la Juventud Escolar Tradicionalista de Barcelona y su proselitismo entre los estudiantes⁷¹; en segundo lugar, se intensificó su presencia en la organización carlista, tanto a nivel de la estructura juvenil como, sobre todo, de la prensa. A principios de 1898 su principal tribuna de expresión pasó a ser *Lo Mestre Titas*. Este semanario, que salió a la calle en junio de 1897, puede ser definido, en función de sus contenidos, como poco acorde con la ideología oficial del carlismo catalán. Tres elementos corroboran esta apreciación: la proximidad de los redactores de la publicación al Centro de Carlistas —una escisión del Círculo Tradicionalista de Barcelona—⁷², los comentarios críticos que en más de una ocasión vertieron sobre el ultracatolicismo del jefe regional Luis M. de Llauder, que con-

⁷¹ Archivo Segreto Vaticano (Roma), NM, 626, V, II, III, nº 4, *Adesione a Don Carlos firmata da 96 alunni de un Seminario della provincia ecclesiastica di Tarragona, ed altra que se dice firmata da molti sacerdoti della stessa provincia ecclesiastica*. Arxiu de la Universitat de Barcelona (Barcelona), *Expediente: Bardina Castarà, Joan*. Sobre esta cuestión, cfr. Jordi Canal, «El carlisme catalanista a...», págs. 50-54.

⁷² Cfr. Jordi Canal, *El carlisme català dins...*, págs. 109-113.

sideraban un claro freno al activismo, o el radical regionalismo que profesaban. En un cuento que vio la luz en *La Renaixensa* a principios de 1901, Josep Berga i Boix —el artista de la escuela de Olot, que ha aparecido en la segunda parte de este tríptico— escribía que *Lo Mestre Titas* representaba la fuerza y la gran diplomacia entre los divididos seguidores de Don Carlos⁷³. Desde las columnas del *Correo Catalán*, por ejemplo, casi nunca se hacían alusiones a esta publicación. Constituía una suerte de rareza en el seno del carlismo catalán. Entre los principales redactores del semanario se puede citar a Joan Maria Roma, que actuaba como director, Josep Font i Fargas, Carles Riubrogent, Manuel Roger de Llúria, Joan Bardina y Joaquim Font.

En el espacio de tiempo mediado entre la sonada salida del Seminario de Barcelona y su procesamiento, con la paralela clausura del semanario, a mediados de 1900, esto es, entre los 20 y los 22 años de edad, Joan Bardina llenó muchas páginas de *Lo Mestre Titas*. Poesías y narraciones, siempre de tema político y tono humorístico, se combinaban con artículos doctrinales y de polémica. La lista de los asuntos abordados era extensa, pero tres cuestiones resultaban recurrentes: los males que estaban provocando en España los gobiernos liberales, la relación entre eclesiásticos y política —el cardenal Sancha, arzobispo de Toledo, constituyó uno de sus blancos preferidos—, y el catalanismo. Aunque fue Manuel Roger de Llúria quien publicó los primeros artículos sobre catalanismo en el semanario y mantuvo las primeras controversias abiertas sobre este tema, Bardina tardó poco en unirse a él. Los adversarios escribían en publicaciones como *Las Cuatro Barras* o, sobre todo, en *La Nació Catalana* —no ya en *La Renaixensa*, desde cuyas páginas se polemizaba, en todo caso, con el *Correo Catalán*—, y negaban la condición de catalanistas a los redactores de *Lo Mestre Titas*. Las controversias tenían lugar entre jóvenes que competían en ingenio, originalidad y vehemencia. En «Ofrena al Senyor Prats» —título del primer artículo de Bardina en el marco de una disputa que, hasta entonces, habían sostenido Roger de Llúria y Prats—, el joven ex seminarista exponía en tono satírico un total de veinte pensamientos «*espigolats pels jardins catalanistes*», en los que se hacía alusión, entre otros temas, a las calumnias catalanistas contra los carlistas, al hecho de escribir en castellano, al lugar que ocupaba la religión católica, a la inconsecuencia de los catalanistas o a la escisión en-

⁷³ Josep Berga i Boix, «Gat escaldat...», *La Renaixensa* (Barcelona), 13 enero 1901, págs. 271-273.

tre jóvenes y viejos que existía en el interior del catalanismo⁷⁴. Para animar la polémica, Bardina elaboró una segunda entrega con nuevas muestras de incongruencia y contradicción en el catalanismo, que le llevaban a la siguiente conclusión: los catalanistas, entre «contradiccions, baralles i enredos», constituían «una veritable olla de cols»⁷⁵. De nuevo, como tras el artículo precedente, hubo silencio en el campo opuesto. Y, como consecuencia, un cambio de táctica. En otro texto, Bardina invitaba a dejar a un lado las anteriores polémicas y centrarse en confrontar programas y constatar las coincidencias entre unos y otros, que en su opinión eran notables. La propuesta consistía en comparar los principales puntos del regionalismo catalanista, extraídos de las Bases de Manresa y de la *Doctrina catalanista*, y los del regionalismo carlista, tomando como base los manifiestos del pretendiente Don Carlos y los escritos de Antonio Aparisi y Guijarro, Juan Vázquez de Mella y el conde de Doña Marina. El artículo terminaba con un «Esperem contestació», es decir, esperamos respuesta⁷⁶.

La contestación de *La Nació Catalana* tardó un poco en llegar, pero fue positiva. De esta manera empezó una larga controversia, que tuvo lugar entre finales de diciembre de 1898 y febrero de 1899, de la que pueden destacarse algunos elementos⁷⁷. De entrada, las formas, de una corrección y seriedad inusuales. En segundo lugar, las principales diferencias entre ambos programas, que, desde el punto de vista de los redactores de *La Nació Catalana*, eran muchas y variadas. Destacaban entre éstas que el catalanismo no era un partido político, sino una idea nacional; que el regionalismo de los carlistas era ocasional; que el carlismo no pretendía más que la autonomía administrativa; que la monarquía no resultaba imprescindible, y, finalmente, que su catalanismo llevaba necesariamente a la independencia. En tercer lugar, las lógicas desconfianzas: mientras que *La Nació Catalana* veía en las propuestas de «Valcarlos» una maniobra para captar a catalanistas incautos, Bardina, a su vez, les

⁷⁴ Valcarlos [Joan Bardina], «Ofrena al Senyor Prats», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 22 octubre 1898, pág. 2.

⁷⁵ Valcarlos [Joan Bardina], «¡Olé ya! u Ofrena número dos», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 12 noviembre 1898, págs. 2-3.

⁷⁶ Valcarlos [Joan Bardina], «A *La Nació Catalana*», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 26 noviembre 1898, pág. 2.

⁷⁷ Valcarlos [Joan Bardina], «Catalanistas y carlins», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 24 diciembre 1898, 7 y 21 enero 1899, y 11 febrero 1899, págs. 1, 1-2, 2-3 y 2. «Contestació als carlins», *La Nació Catalana* (Barcelona), 15 y 31 diciembre 1898, y 15 y 31 enero 1899, págs. 1, 1, 1-2 y 2.

acusaba de estar más interesados en buscar diferencias irreconciliables que coincidencias. Por último, la heterodoxia de Bardina, en relación con el carlismo oficial, en todas estas cuestiones. Además de la autocrítica que realizaba sobre el poco uso del catalán por parte de los carlistas, sobre su organización en base a las provincias o sobre el cunerismo, existía un punto en el que su peculiaridad llamaba la atención: la contundencia con la que anteponía la Patria al Rey. Sus afirmaciones eran radicales:

El dia en què Carlos VII es declarés centralista; el dia en què es borrés del programa carlí les hermoses paraules: autonomia i llibertat; el dia en què per a ser carlí s'hagués de renunciar a la llibertat de la Pàtria, jo, i tots los carlins en pes, abandonariem ¿per què no dir-ho? el que avui nos té disposats a obeir-lo sens objecions de cap mena.

Hasta aquí la polémica... La irrupción en escena de Prats, unos meses después, no fue suficiente para generar una nueva controversia, pues Bardina consideró que desde el otro bando no se cumplían las normas inicialmente establecidas⁷⁸.

Para conocer con más detalle las propuestas del carlismo catalanista de Joan Bardina resulta conveniente centrarse en un par de folletos del autor, que recogen y amplían todos los argumentos precedentes: *Catalunya Autònoma* (1899) y *Catalunya y els Carlins* (1900). La aparición del primero fue acogida con elogios por la prensa carlista y con silencio por la catalanista⁷⁹. Parece que se vendió muy bien. A principios de marzo de 1900 ya se anunciaba en la prensa una segunda edición⁸⁰. En las páginas introductorias de este folleto, el joven publicista exponía que el interés por el programa carlista, en el que el autonomismo era un elemento destacado, iba en aumento, en unos momentos en los que se acercaba la definitiva batalla entre liberalismo y carlismo. Los partidos liberales eran los verdugos de Cataluña, mientras que el partido carlista tenía de Cataluña una noble idea y en su seno se encontraban los autonomis-

⁷⁸ R. Prats, «Als catalans afiliats al Carlisme», *La Nació Catalana* (Barcelona), 30 noviembre 1899, 15 y 31 diciembre 1899 y 15 enero 1900, págs. 2, 2, 3 y 3. Valcarlos [Joan Bardina], «Polémicas», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 9 y 23 diciembre 1899, págs. 2-3 y pág. 3; y «Catalunya y 'ls carlistas», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 16 diciembre 1899, pág. 1.

⁷⁹ [Joan Bardina], *Catalunya Autònoma (Folleto d'actualitat)*, Barcelona, Biblioteca Regional, 1899.

⁸⁰ «Catalunya Autònoma», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 3 marzo 1900, pág. 2.

tas convencidos y de toda la vida. Bardina sintetizaba los planteamientos carlistas en este terreno en un programa de veintiséis puntos. El primero contenía los dos principios fundamentales: el Estado español constituía una confederación de regiones y las regiones eran independientes en su gobierno interior. La independencia de Cataluña era, por tanto, rechazada por principio, aunque se afirmaban tan radicalmente como resultaba posible las autonomías administrativa, económica, jurídica y política (1). Los puntos siguientes trataban del poder en los niveles estatal, regional, comarcal y municipal (2-4). El quinto se iniciaba con la siguiente reflexión: «Hasta la mateixa etimologia de les paraules nos diu que Catalunya, i no Espanya, és la Pàtria i Nació dels catalans. Espanya no és més que un tot polític, un Estat semiartificial, una Confederació, però Estat i Confederació indestructible.» Cataluña era la nación y la patria, España un estado y una confederación. De ello se derivaba que Cataluña sería soberana en su gobierno interior, recuperando los «antics democràtics organismes» (Cortes catalanas, Ministerio del Principado y Suprema Audiencia de Cataluña) (5-10). Los empleados de las administraciones tendrían que ser hijos de la tierra (11). La enseñanza, algunas atribuciones de la región, el catalán como única lengua oficial, la composición y atribuciones del poder central, así como el papel de la Iglesia y el Ejército, ocupaban los siguientes puntos (12-22). Los cuatro últimos trataban, respectivamente, de las libertades —completa la de conciencia, abolida la de cultos y limitadas las de asociación e imprenta—, la cuestión social, la hacienda y las medidas transitorias (23-26). Una vez expuesto el programa, que presentaba múltiples coincidencias con las Bases de Manresa, Joan Bardina hacía unas breves consideraciones finales en las que invitaba a su estudio y comparación.

Casi al mismo tiempo que aparecía la segunda edición de *Catalunya Autònoma*, Bardina publicaba el folleto titulado *Catalunya y els Carlins*⁸¹. Si en el primero había expuesto un programa, en éste analizaba el resto de propuestas catalanistas con el fin de demostrar la radicalidad, antigüedad y autenticidad de la carlista. La parte central de *Catalunya y els Carlins* estaba formada por los artículos que, en los meses anteriores, Bardina había dado a luz en *Lo Mestre Titas*, pero con nuevas notas, algunos retoques y un prólogo para la ocasión. Justificaban plenamente este trabajo tanto el momento

⁸¹ Joan Bardina (Valcarlos), *Catalunya y els Carlins*, Barcelona, Biblioteca Regional, 1900.

histórico que se estaba viviendo como el empecinamiento de algunos catalanistas. En los primeros pasajes del texto, el autor establecía las diferencias entre descentralización administrativa, autonomía política y separatismo. Mientras que la primera era defendida en Cataluña por los industriales, los gremios y los ayuntamientos, la última lo era por «mitja dotzena de catalanistes *enragé*». Todos los catalanistas deseaban, en cambio, la autonomía política. Y entre ellos, los carlistas eran, según el joven publicista, los más radicales, ya que a la reivindicación de Cortes catalanas le añadían la del pase foral. Aunque en 1900 toda Cataluña era ya regionalista, la autonomía solamente se conseguiría a través de un partido político que estuviera en el poder. El carlismo tenía que ser este partido. El análisis de las demás propuestas —dinásticos, Polavieja y su pseudo-regionalismo, los federales de Pi y Margall, cuyo regionalismo era contrario a las Bases de Manresa— permitía confirmarlo: sólo los carlistas podían satisfacer las aspiraciones regionalistas de Cataluña. De esta manera, escribía Bardina:

Don Carlos, des de fa 30 anys, quan no existia cap catalanista, quan tothom era rabiosament centralista, prometia ja reconèixer a Catalunya Corts Catalanes, Diputació o Ministeri, ús oficial del català, autonomia universitària i judicial. Quan ¡24 anys després! s'escrivien les Bases de Manresa, els catalanistes copiaven *ad pedem litterae* el programa carlí.

En las Bases de Manresa (1892), así pues, los catalanistas habían plagiado simplemente el programa carlista. Para poner de relieve la radicalidad de este último, Bardina remitía a sus lectores al folleto *Catalunya Autònoma* y reafirmaba algunas ideas, como la anteposición de la Patria al Rey o la de una autonomía en el marco de una «unidad federal ibérica». En conclusión,

El Regionalisme carlí és tant o més radical que les Bases de Manresa. Té per garantia la història sempre regionalista del partit carlí, el qual considera a l'autonomia com cosa natural, jurídica, indiscutible per les mateixes Corts, puix lo natural, l'anterior a l'Estat, no pot discutir-se ni mudar-se per la voluntat dels homes ni per la posterior de l'Estat.

Catalunya Autònoma y *Catalunya y els Carlins* mostraban, en fin de cuentas, la radicalidad de la propuesta del joven Joan Bardina en el marco del partido carlista —imprescindible, en tanto que estructura política, para conseguir la deseada autonomía— y de la propia ideología carlista, que éste asumía plenamente en materias

como la religión, el nefasto papel del liberalismo o, incluso, las tesis catastrofistas, pero que forzaba hasta el extremo en el terreno regionalista-nacionalista. Permitían entrever, asimismo, el combate que se estaba librando para acabar con la exclusiva, en el espacio político-ideológico catalanista, de los que se hacían llamar, simplemente, catalanistas. Las acusaciones de plagio, por haber copiado las doctrinas del carlismo, o las de recién llegados, que se contraponían a la originalidad y al pasado regionalista del carlismo, resultaban bastante elocuentes. A pesar de la impetuosidad del ex seminarista, el intento de atraer a los catalanistas al campo carlista estaba condenado al fracaso. Como quiera que sea, Joan Bardina consiguió perfilar, entre 1897 y 1900, su carlismo catalanista, radical y atrevido, a la par que ingenuo, en todos sus extremos.

Paralelamente a la aparición de los dos folletos anteriores, algunos otros acontecimientos y circunstancias dejaron huella en la vida de Bardina y en la evolución del carlismo catalanista. Para empezar, la publicación de otro de sus trabajos: *Táctica de Infantería* (1899), un manual escrito en castellano sobre formación militar destinado a los carlistas, que debe ser encuadrado en la coyuntura prebélica que se estaba viviendo por aquel entonces⁸². El volumen acabó en los tribunales, aunque el autor resultó finalmente absuelto y el supuesto cuerpo del delito retornó a las librerías⁸³. En las semanas siguientes, la impresión de estar sufriendo una auténtica persecución política se intensificó. Y, como no podía ser de otra manera, el impetuoso Bardina se encontraba siempre en el centro de todos los problemas. Así, por ejemplo, con motivo del número especial de *Lo Mestre Titas* dedicado a la fiesta carlista de los Mártires de la Tradición, el 10 de marzo, el joven ex seminarista publicó un artículo en el que se confirmaba la práctica de la tortura por parte de la Guardia Civil⁸⁴. El escrito no pasó desapercibido. El número del semanario fue denunciado y retirado, y se impuso una multa a Bardina. La suscripción abierta por la revista permitió pagar la sanción, pero no alcanzó, en cambio, para cubrir los costes generados por el subsiguiente proceso⁸⁵. Además, otro número de

⁸² [Joan Bardina], *Táctica de Infantería*, Barcelona, 1899. Cfr. Jordi Canal y Eduardo González Calleja, «No era la ocasión propicia...». La conspiración carlista de fin de siglo en un memorial a Don Carlos», *Hispania*, 181, 1992, págs. 705-742.

⁸³ «Táctica de Infantería», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 3 marzo 1900, pág. 3, y *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 10 marzo 1900, pág. 3.

⁸⁴ Valcarlos [Joan Bardina], «Mártirs vivents», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 10 marzo 1900, págs. 2-3.

⁸⁵ Cfr. *Las Noticias* (Barcelona), 18 marzo 1900, pág. 2. «Nostra denúncia», *Lo Mes-*

Lo Mestre Titas, en el que podía verse en una ilustración a un grupo de catalanes con barretina y hoz en mano cortando la cabeza a Romero Robledo —en las páginas interiores se podían leer que este diputado era «burro de nacimiento» o que la Sociedad protectora de animales iba a ocuparse de su salud, entre otras lindezas—, había sido denunciado públicamente en el Congreso de los Diputados⁸⁶. El escándalo fue mayúsculo. Otro conflicto estalló a mediados de abril cuando el Gobernador civil impuso una nueva sanción a *Lo Mestre Titas* por el número del día 21, y prohibió la publicación de las listas de suscripción para hacer frente a las multas en las páginas del semanario. El mismo día Joan Bardina era procesado por incitación a la rebelión como consecuencia del artículo sobre los mártires. La fianza era de mil pesetas. La suma de todo lo anterior hizo que decidieran dejar de publicar la revista. Con su característica radicalidad se despedían con vivas a la religión, a Cataluña, a España y a Carlos VII, y con un «¡Companys, a reveure! Amb la ploma o amb el fusell tornarem, si Déu vol, a comunicar-nos»⁸⁷. *Lo Mestre Titas*, se aseguraba en el prólogo a una biografía de Antonio Aparisi y Guijarro que Bardina elaboró poco después, «sucumbió en manos de la libertad meretriz»⁸⁸. También en 1900, Bardina dio a la estampa otro libro, *Orígenes históricos del Carlismo*, que constituía la primera parte de una ambiciosa obra en la que se proponía reconstruir la historia del carlismo desde los orígenes hasta aquel momento⁸⁹. Pronto se agotó la primera edición. La segunda, sin embargo, con revisión, título y prólogo nuevos —firmado ahora como Dr. Juan Bardina—, no apareció hasta 1916. En el prólogo, el ya famoso pedagogo escribía:

Dios quiera que estas páginas inspiren a otras plumas, más ilustradas y menos ocupadas que la mía, la idea de ir comple-

tre Titas (Barcelona), 24 marzo 1900, pág. 2. *Correo Catalán* (Barcelona), 28 marzo 1900, ed. tarde, pág. 2. V. [Joan Bardina], «¡Cèntims!», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 14 abril 1900, pág. 2.

⁸⁶ «Espectacle Regional», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 3 marzo 1900, pág. 1. Tí-tella, «Decret», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 3 marzo 1900, págs. 1 y 3. «Notas al vuelo», *Las Noticias* (Barcelona), 26 marzo 1900, pág. 1. *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 31 marzo 1900, págs. 1-4.

⁸⁷ «Als nostres amichs», *Lo Mestre Titas* (Barcelona), 29 abril 1900, pág. 1.

⁸⁸ Tofolet, «Al lector», en Valcarlos [Joan Bardina], *Aparisi y Guijarro. Apuntes biográficos del que fue honra de España y gloria de la Comunión Tradicionalista*, Barcelona, Biblioteca Regional, 1900, pág. VII.

⁸⁹ Joan Bardina, *Orígenes históricos del Carlismo*, Barcelona, Biblioteca Regional, 1900.

tando, con libros similares, la verdadera Historia de la Comunidad robustísima: tan robusta en su médula doctrinal, como anémica y desgraciada en su estrategia política; que ha podido ser la salvación de España, sin haber acertado en la táctica eficaz para llegar a ello; que, a pesar de todo, ha sido y es una de las más extensas y poderosas fuerzas que han influido e influyen en la resultante total de la política española⁹⁰.

Un carlismo fuerte doctrinalmente, pero anémico y desgraciado en su estrategia política. En este prefacio, muchos años después de los sucesos de 1900, Bardina ofrecía algunas claves para entender su alejamiento del carlismo e incorporación a la órbita de la Lliga Regionalista.

Este proceso de transición tuvo lugar entre 1900 y 1902. Aunque los contactos entre Joan Bardina y Enric Prat de la Riba habían empezado antes, no fue hasta finales de 1902 cuando se intensificaron. El primero recibió el encargo de diseñar una política y una acción educativa para la Lliga Regionalista⁹¹. En octubre de 1902 inició una campaña pedagógica en *La Veu de Catalunya* y, pocos meses después, dio a luz en este diario un artículo sobre la actitud de enfrentamiento con la Lliga que mantenía el partido carlista como consecuencia de las elecciones legislativas de abril de 1903⁹². En este escrito aprovechaba para lanzar algunos reproches a la dirección carlista, que dejaban entrever una querrela personal de fondo. Sus destinatarios no los pasaron por alto y, en los días siguientes, arremetieron desde las páginas de *El Correo Catalán* contra su ex correligionario, al que definían como «*ex seminarista, ex carlista, ex corbatonista y hoy catalanista*» o «*ex tantas cosas*»⁹³. Las acusaciones de inconsecuencia recibidas, impulsaron a Bardina a escribir un interesantísimo artículo, titulado «*Quatre observacions*». La primera de las cuatro observaciones —«*No som ex-carlistes els qui no hem*

⁹⁰ Joan Bardina, *Orígenes de la Tradición y del Régimen Liberal*, Barcelona, Victor Editor, 1916 (2ª ed. revisada y ampliada), s.p.

⁹¹ Cfr. Joan Bardina, *Escola de Mestres. Memòria del curs 1906-07*, Barcelona, Escola de Mestres, 1907, págs. 3-4. Buenaventura Delgado y cols., *Joan Bardina: un revolucionario de la pedagogía catalana*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1980.

⁹² J[oa]n Bardina, «¿Ignorància supina?», *La Veu de Catalunya* (Barcelona), 18 abril 1903, ed. noche, pág. 1.

⁹³ Cfr. *El Correo Catalán* (Barcelona), 19 abril 1903, pág. 1. «De Re Catalanista», *El Correo Catalán* (Barcelona), 22 abril 1903, pág. 1. «Otra plancha», *El Correo Catalán* (Barcelona), 29 abril 1903, págs. 1-2. «Dichos y hechos», *El Correo Catalán* (Barcelona), 2 mayo 1903, pág. 1. Las citas proceden de los dos primeros artículos.

sigut mai carlistes.»— podía resultar sorprendente. La afirmación era ciertamente algo forzada, aunque no del todo incoherente. Bardina la argumentaba de la manera siguiente:

Defensàvem al duc de Madrid en quant crèiem que, pensant ell com pensàvem nosaltres, era l'home que més aviat podia realitzar aquell Programa. Si per «carlista» entén el diari aquest, tradicionalista, llavors sí que ho érem, però continuem sent-ho encara sense la més petita mutació. Nostre Programa era el folleto *Catalunya Autònoma*.

La segunda de las observaciones era el lógico corolario de la anterior. Cuando consideró que los dirigentes del carlismo no defendían ya este programa, decidió separarse «no del tradicionalisme ¡això mai! sinó dels quefes carlins». Se trataba de la aplicación de aquel «antes la Patria que el Rey», que había anunciado en la polémica mantenida con *La Nació Catalana*. En la tercera se reafirmaba en la idea de que su programa continuaba siendo el mismo que defendía a finales del siglo XIX y manifestaba que, en caso de que hubiera cambiado un poco, nunca lo habría hecho tanto como el del propio Don Carlos, en clara alusión al retraimiento del pretendiente carlista después de la guerra de Cuba. La última observación de Bardina hacía referencia a la acusación que le había dirigido *El Correo Catalán* de dejar a un lado la religión durante la campaña electoral. En aquel momento, concluía, lo fundamental era la patria⁹⁴.

En definitiva, aunque el joven Bardina se había mantenido siempre en la órbita de los grupúsculos alejados de la dirección oficial del carlismo catalán, ya fuera en el Centro de Carlistas o bien en la redacción de *Lo Mestre Titas*, un par de cuestiones lo desengañaron definitivamente en 1900. En primer lugar, la actitud, marcada por la indecisión, de los núcleos dirigentes del partido carlista, con Don Carlos al frente, respecto a la vía insurreccional en los últimos años del siglo. En 1903, Bardina escribía:

Vingué la guerra de Cuba i tots sabem que el deure i la conveniència aconsellaven un capgirell ràpid, fort, però segur. Don Carles ho cregué així, i públicament escrigué «que, perdida Cuba, vendria solo o acompanyado...» No s'ha fet. I el cervell (que, no per tenir quefes, deixàvem de tenir cap) ens digué: els quefes carlins

⁹⁴ J[oa]n Bardina, «Quatre observacions», *La Veu de Catalunya* (Barcelona), 27 abril 1903, ed. noche, pág. 2. También reproducido en la edición del día siguiente, 28 abril 1903, ed. mañana, págs. 1-2.

o no han sabut bolcar lo existent, o no han volgut; en ambdós casos les nostres forces resulten inútils sota aquestes pèssimes direccions: la consciència em mana que me'n separi⁹⁵.

El alzamiento de Badalona, que tuvo lugar a finales de octubre de 1900, constituyó una prueba elocuente de la indecisión de unos y de la impetuosidad de otros. Joan Bardina, en concreto, formaba parte de los sectores que apoyaban una insurrección armada y que vieron frustrados sus propósitos. El estrepitoso fracaso con el que concluiría la intentona, casi antes de empezar, provocó profundas heridas en el interior del carlismo, abocándolo a una profunda y anunciada crisis. Una situación agudizada por la represión desencadenada por las autoridades, que aprovecharon para dismantlar la estructura política y periodística del partido⁹⁶. Las heridas no eran superficiales. Lo muestran a las claras las destituciones, las desconfianzas insalvables, los cruces de acusaciones y los abandonos que se produjeron por aquel entonces. Ciertamente es que muchos carlistas catalanes se alejaron, como Bardina, de la organización de Don Carlos durante los primeros años del siglo xx, pero la mayoría permaneció en ella. Y algunos se mantuvieron, con un pie dentro y el otro fuera, en posición claramente heterodoxa, intentando encontrar una fórmula —intentar implicar a Don Jaime en una conspiración contra su padre, por ejemplo— para acabar con unos dirigentes por quienes aseguraban haber sido traicionados. El exponente más destacado de estos sectores fue el semanario *El Cañón* —heredero implícito de *Lo Mestre Titas*, tanto desde un punto de vista ideológico como por lo que se refiere a la tipografía y a los colaboradores—, que se publicó en Barcelona entre septiembre de 1901 y los primeros meses de 1902. Los conflictos de este periódico con la dirección carlista fueron constantes, hasta llegar a su definitiva desautorización. El pretendiente aludía a sus impulsores, en carta a Matías Barrio Mier, como a «esos malvados»⁹⁷. En cualquier caso, Bardina colaboró en *El Cañón*, utilizando, entre otros, el seudónimo «Val». Resultaba bien evidente que en el camino que conducía de «Valcarlos» a «Val» se había abandonado a (Don) Carlos. Paralelamente, Bardina colaboró con el Padre José Domingo Cor-

⁹⁵ *Ibid.*.

⁹⁶ Cfr. Jordi Canal y Eduardo González Calleja, «No era la ocasión propicia...», Jordi Canal, *El carlisme català dins...*, págs. 293-304.

⁹⁷ Museo Cerralbo (Madrid), XVI, 38, Carta de Don Carlos a Matías Barrio Mier (Venecia, 30 diciembre 1901).

bató, otro prófugo del carlismo, que había dejado de pensar que el pretendiente carlista era su mítico *Gran Monarca*, si bien siguió defendiendo un tradicionalismo mesiánico y creó las Milicias de la Cruz. El joven publicista catalán colaboró en la revista corbatoniana *Luz Católica* con el seudónimo «Dr. Leal» y algunos de sus escritos fueron recopilados, junto con los del P. Corbató, en folletos en los que se reivindicaba la memoria de algunos de los implicados en la *Octubrada* de 1900 y se atacaba a los «carlo-oficiales» y «carlo-traidores»⁹⁸. Asimismo, en aquellos momentos, Bardina sirvió de intermediario entre algunos miembros de la Lliga Regionalista, en especial Prat de la Riba, y los sectores marginales, disidentes y más violentos del carlismo catalán⁹⁹.

El segundo desengaño de Joan Bardina fue provocado por la poca receptividad de la dirección del partido para con sus propuestas sobre el regionalismo carlista. Tanto en el artículo de 1903 como en prólogo de 1916, Bardina aludía a una comunicación que la Junta regional, máximo órgano del carlismo catalán, le había remitido a principios de 1900, en la que se le prohibía realizar una actividad que él había organizado —se trataba de un debate con el ya citado Prats de *La Nació Catalana*— con la finalidad de profundizar en el regionalismo carlista. El documento, firmado por Luis M. de Llauder, rezaba lo siguiente:

Dios, Patria, Rey.— Junta Regional de Cataluña.— Ha llegado a mi conocimiento haberse concertado un reto público... sobre las bases establecidas por la Causa Carlista en punto al regionalismo catalán... teniendo en consideración que nada se ha concretado todavía sobre el particular por la Autoridad única que puede ha-

⁹⁸ C. M. APSMAV [P. José Domingo Corbató] y Dr. Leal [Joan Bardina], *Los carlotraidores. Folleto 2º: Llaves*, Valencia, Biblioteca Españolista, 1904 (2ªed.); *Los carlotraidores. Folleto 3º: Memoria póstuma del General D. Salvador Soliva*, Valencia, Biblioteca Españolista, 1904 (2ªed.); *Los carlotraidores. Folleto 4º: Los vendidos*, Valencia, Biblioteca Españolista, 1904. Sobre Corbató, cfr. Juan Bta. Viza Caball, *Setenta años de aprendizaje*, Barcelona, Betis, 1954, págs. 219-225. Vicente Cárcel Ortí, «La biblioteca del Padre Corbató legada al Colegio del Patriarca», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XXXIX-2, 1963, págs. 143-149. Mariano Peset, «Carlismo y nacionalismo valenciano. Dos idearios dispares: Aparisi y Guijarro y el Padre Corbató», en *Nation et nationalités en Espagne XIXe-XXe s.*, París, Fondation Singer-Polignac, 1985, págs. 213-239.

⁹⁹ Cfr. Borja de Riquer, *Lliga Regionalista: la burguesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, Barcelona, Edicions 62, 1977, págs. 209-210 y 341-342. Arxiu Nacional de Catalunya (Sant Cugat del Vallès), *Fondo Prat de la Riba, Correspondencia de Joan Bardina*, Carta de Joan Bardina a Enric Prat de la Riba (Barcelona, 6 mayo 1902).

cerlo... esta jefatura se ve en el caso de prohibir dicho Certamen propuesto por usted... El jefe regional, Luis M.^a de Llauder. Barcelona 24 de enero de 1900¹⁰⁰.

Bardina aseguraba, en 1916, que Llauder le había comunicado que «no sabía a punto fijo qué medidas y reformas abarcaba el Regionalismo Carlista»¹⁰¹. En consecuencia, argumentaba el joven publicista, una persona de convicciones autonomistas no podía seguir de ninguna manera con estos jefes¹⁰². Su salida del carlismo quedaba, por consiguiente, plenamente justificada. Ya hemos visto más arriba, al analizar los casos de Luis M. de Llauder y de Marian Vayreda, cuáles eran los límites del regionalismo carlista a finales del siglo XIX. Ir más allá de los límites fijados era considerado un juego de jóvenes radicales e ingenuos, como Bardina, Roger de Llúria y compañía, que podía tolerarse mientras no resultase comprometedor para el partido. No fue hasta entrado el siglo XX cuando el carlismo catalán se decidió por una opción decididamente catalanista, que le llevaría a colaborar en más de una ocasión con la Lliga Regionalista. No faltaron, sin embargo, poderosas reticencias. El posibilismo de una formación política que no quería quedarse marginada en una Cataluña en pleno proceso de nacionalización explica en buena medida —y no los supuestos precedentes o las alucinadas evoluciones lógicas, naturales y necesarias— estos cambios.

* * *

El estudio de los casos de Luis M. de Llauder, Marian Vayreda y Joan Bardina pone de manifiesto, entre otras cosas, las tensas y complejas relaciones establecidas entre carlismo y catalanismo a fines del siglo XIX. La realidad fue, como suele ocurrir en todos los procesos históricos, mucho menos simple y más llena de matices de lo que algunas explicaciones sostenidas y difundidas por los nacionalistas catalanes, ya sean historiadores, ensayistas, educadores o políticos, intentan hacernos creer. Ni los catalanistas, ni tampoco los carlistas, constituían grupos homogéneos y aislables. Los cruces, las intersecciones y los enfrentamientos estaban al orden del día. Las líneas curvas predominaban sobre las rectas, y las dudas y rectificaciones sobre las continuidades evidentes y necesarias. Los

¹⁰⁰ J[oa]n Bardina, «Quatre observacions», pág. 2.

¹⁰¹ Joan Bardina, *Orígenes de la Tradición...*, s.p.

¹⁰² J[oa]n Bardina, «Quatre observacions», pág. 2.

precedentes, en este sentido, no constituyen más que una entelequia y los materiales del pasado admiten lecturas múltiples e, incluso, aparentemente contradictorias. La desesperada —a la vez que desesperante— búsqueda de precedentes y de continuidades de la historiografía nacionalista en Cataluña recuerda la del arca perdida en *Raiders of the Lost Ark* (1981), la película de Steven Spielberg. La apertura del arca, al final de la aventura, muestra su doble contenido: arena y fantasmas. No otra cosa se encuentra tras las reelaboraciones históricas en clave de precedentes nacionales: resultados obvios y explicaciones fáciles, como lo es encontrar arena en el desierto; y fantasmas, muchos fantasmas, como los que pueblan toda religión política.